

ANTONIO VICTORY

LOS FACTORES
DEL PROGRESO
EN MENORCA

MAHÓN

Imp. de M. Sintes, sucesor de B. Fabregues y de M. Parpal
Plaza del Principe. 11

1918

M
80

Al Excmo. Ayuntamiento de
Mahon

Antonio Vicens

LOS FACTORES DEL PROGRESO
EN MENORCA

17 febrero 1918.

El Ayuntamiento en sesión de hoy, acordó
agradecer al Sr. Vicens el presente obsequio.

N.º 13

El alcalde,
P. Paulet

El Sr. Vicens



1054477

SM 1130

SM
1130

Los factores del progreso en Menorca



Conferencia leída en el Ateneo Científico, Literario y Artístico
de Mahón

el día 30 de Octubre de 1917

y artículos publicados en Diciembre del mismo año

por

D. Antonio Victory

Teniente Coronel de Estado Mayor retirado y Presidente del Ateneo.



ms 40899



MAHÓN

Est. tip. de M. Sintes Rotger, sucesor de B. Fábregues y de M. Parpal

1918

Los factores del progreso en Menorca

Contenido leído en el curso de Estudios Literarios y Filosóficos
de Menorca

el día 30 de Octubre de 1917

y artículos publicados en Diciembre del mismo año

por

D. Antonio Vitoria

Excmo. Sr. D. Antonio Vitoria, Excmo. Sr. D. Antonio Vitoria y Excmo. Sr. D. Antonio Vitoria



MAHÓN

Impreso en la imprenta de D. Antonio Vitoria, sucesor de D. José Vitoria y de M. P. P. P.

1918



Los factores del progreso en Menorca

Conferencia del día 30 de octubre de 1917 en el Ateneo

LOS tiempos actuales se caracterizan en los pueblos civilizados por un insaciable deseo de mejoramiento de las condiciones de la vida, por un afán progresivo de adelanto, que tiende al aumento de riqueza y de bienestar social. La horrorosa guerra que hace más de tres años estamos presenciando, tiene, en último término, por causa principal el propósito de cada una de las naciones más poderosas que en ella toman parte, de no dejarse adelantar por ninguna otra en el orden de la producción y del comercio, el de ser la que acapare mayor cúmulo de riquezas y, en consecuencia, la que posea mayor fuerza, en sentido general, para imponer su voluntad al mundo. Es una ilusión creer que las naciones más adelantadas y potentes se han de conformar alguna vez con repartirse amistosamente y de un modo definitivo el dominio de la tierra y del mar, para sus fines de expansión comercial o territorial. Siempre la que se considere con mayor poder procurará sobrepujar a las demás; éstas, como es natural, no se conformarán con ver disminuir o perder sus más ricas zonas de producción y de influencia, sus mercados, sus posesiones coloniales. De esto se deduce que no pueden tener fundamento las ilusiones pacifistas, es decir, las de una paz uni-

versal perpetua. La lucha es inherente a la condición humana; aun más, es cualidad de todos los seres animados; es condición de vida. Los pueblos que no estén dispuestos a luchar para defender su existencia y para mejorar sus condiciones, que no estén constantemente apercebidos para resistir, oponerse y rechazar las pretenciones que puedan perjudicarles de otros más poderosos o simplemente rivales, son pueblos muertos.

Los fundamentos de esta disposición han de ser el fomento de la cultura y de la riqueza.

El progreso material y el intelectual, ya que sin éste no se concibe aquel, son la base del adelanto de los pueblos, de su mejoramiento, del acrecentamiento de su prosperidad y hasta, como consecuencia de todo, de su mayor fuerza y poderío, y por lo tanto de sus garantías de existencia.

Es evidente que en España se sienten verdaderas ansias de progreso, de perfeccionamiento de la vida nacional. Continuamente asoman o estallan diversas manifestaciones que prueban los deseos de las clases directoras y de las productoras de entrar de lleno en el camino de la regeneración, que ha de conducir a nuestra Patria a la altura que, en el concierto de las naciones civilizadas, le corresponde por su brillante historia, por su situación geográfica, por las energías latentes que indudablemente contiene y, de un modo especial, por el papel que por derecho propio debe desempeñar en la América española y en nuestras vecinas costas de Africa. Falta sólo encauzar ese movimiento, que se va produciendo en todos los órdenes y dirigirlo hacia ideales fijos, para que avance España decididamente por una vía de progreso que la eleve cuanto antes a la altura que le corresponde.

La dirección suprema de ese movimiento incumbe al Gobierno de la Nación; pero ningún Gobierno puede marchar con rumbo fijo si la masa del país no impone ese rumbo, y le alienta con fé, con entusiasmo, con perseverancia. Esa masa que ha de marcar los ideales de diversos órdenes, hacia los que conviene dirigir las energías de la Nación, debe estar constituida por una gran mayoría de ciudadanos, que se agrupen en diversas entidades representativas de las diferentes manifestaciones de la actividad humana, aportan-

do a ellas cada uno su cooperación individual, por modesta que pueda parecer, y teniendo fé absoluta en que si todos contribuyen personalmente al desarrollo de los fines de la entidad económica o de cultura a que pertenecen, ésta prosperará, y la federación de esas prósperas asociaciones en cada comarca, provincia o región, y en último término, la de todas las análogas de las diversas regiones; constituirá una fuerza poderosa, capaz de imponer a la Nación una marcha que la dirija hacia el mejoramiento y la prosperidad general, en cada uno de los diversos ramos o manifestaciones del saber y del progreso, como resultado del adelanto conseguido en cada comarca y en cada entidad, debido a la vez a la unión de los esfuerzos personales.

La base, pues, de la prosperidad de un país es la resultante de la labor y de los esfuerzos individuales de sus ciudadanos, del espíritu de asociación de éstos y de la federación progresiva y agrupación general de las diversas entidades que constituyan para el desarrollo de sus fuentes de riqueza. La labor personal aislada, por notable que sea, necesita la asociación para contribuir en el mayor grado posible al adelanto de una comarca; el sabio más profundo, si se limitase al goce íntimo de sus estudios o al egoísta aprovechamiento personal de sus inventos, en nada contribuiría al mejoramiento de su patria; la prosperidad de una agrupación económica comarcal y el consiguiente fomento de la riqueza en el territorio que abarque, se ha de procurar extender, por la adaptación de procedimientos y por la federación, a todas las análogas del país, a fin de conseguir el progreso general.

La Historia nos presenta, en todas las edades, repetidos ejemplos de naciones que se han colocado a la cabeza de la civilización y han adquirido una prosperidad sobresaliente, gracias, más que a la aparición de un genio, a haber sabido aunar la labor de una mayoría de ciudadanos activos, que, con sus esfuerzos individuales dirigidos hacia ideales comunes, llegan a imprimir carácter determinado al pueblo a que pertenecen, en algún sentido progresivo.

En la edad contemporánea nos ofrece un ejemplo notable el Japón, que, en menos de cincuenta años, ha sabido pasar de un estado semibárbaro y de completo aislamiento, al de potencia de pri-

mer orden que descuella en el concierto de los pueblos más adelantados de la tierra, por el desarrollo de su instrucción, de su industria, de su comercio y de su marina, y por el grado de poder alcanzado en sus instituciones militares, que le ha permitido salir victorioso en sus guerras con naciones tan grandes y poderosas como China, Rusia y Alemania.

Pues bien, ese rápido y asombroso progreso del imperio japonés no se debe precisamente a que haya tenido la suerte de contar entre sus hijos, contemporáneos nuestros, genios poderosos que sobresalgan entre los sabios, los guerreros o los políticos más eminentes de las demás naciones. Tiene su fundamento ese progreso, que tan justamente podemos admirar y envidiar, en que se ha imbuido a la generación actual la idea de que cada japonés debe cumplir constantemente con su deber, para contribuir a la prosperidad de la patria. Se ha aplicado y generalizado, por así decirlo, en todo el Imperio y en todos los órdenes de la actividad, la célebre frase de Nelson en Trafalgar: *Inglaterra espera que cada uno cumplirá con su deber*. La educación de los japoneses se dirige desde la infancia a que cada ciudadano sea fiel cumplidor de sus obligaciones y sea útil a su país.

Otra lección provechosa para las naciones que se han quedado rezagadas en el progreso universal, es el estudio del desenvolvimiento de Alemania, que cien años ha, reducida a la Prusia, figuraba como potencia de cuarto orden en Europa.

La base de su desenvolvimiento estriba también en el progreso cultural y educativo del pueblo y en su espíritu de colectividad. De ello se deriva la prosperidad de sus instituciones y de sus fuentes de riqueza. Como prueba de lo dicho extractamos los siguientes datos de una estadística recién publicada.

Por cada 10.000 reclutas se cuentan sólo dos analfabetos. Los millares de libros publicados en un período de 25 años ascienden a más del doble de los que en igual período han visto la luz en Francia, que es la nación que en este orden sigue a Alemania. Durante los once primeros años de la fundación de los premios Nobel, fueron concedidos en Alemania 17 premios.

Consecuencia del grado de cultura que esos datos atestiguan

son las siguientes cifras, relacionadas con el incremento comercial industrial, agrícola y económico, que ponen de relieve los progresos alcanzados durante los últimos años anteriores a la presente guerra.

El aumento del comercio total, desde 1887 hasta 1914, ha sido de 225 por 100.

El exceso de exportación de máquinas sobre la importación, en 1912, fué de 535 millones.

Las tierras sin cultivar representaban sólo un 9'3 por 100, antes de la guerra.

Las líneas férreas en explotación ascendían a 63 millares de kilómetros, habiendo aumentado en el período de 1908 - 1912 en un 5'9 por 100.

Los canales navegables suman 24 millares de kilómetros.

El aumento anual de población ha sido de 820.000.

Las libretas en cajas de ahorro importaban 17.822 millones de marcos.

Y como dato curioso de supremo orden y poder, indicaremos que el movimiento ferroviario es hoy en Alemania de ciento diez a ciento veinte veces mayor que antes de la guerra.

Si meditamos sobre lo que ha hecho el Japón en el último medio siglo y lo ocurrido en España en el mismo período, en el orden político, en el de la cultura y del fomento en general; si comparamos las transcritas estadísticas alemanas con las equivalentes en nuestra patria, en la que, sin salir del estado de paz, nos vemos hoy precisados a suprimir trenes y vapores, comprenderemos toda la importancia de nuestro atraso y todo lo que nos falta recorrer para poder competir con esas y con otras naciones que se nos han adelantado en el camino del progreso.

Para avanzar por ese camino, partiendo de la base de la destrucción del analfabetismo, tan posible aquí como en otras naciones, de las riquezas naturales de España, de su situación y de sus relaciones intelectuales y económicas con los demás países, especialmente con los de la América española, precisa una gran fuerza de voluntad para lograrlo, una fe inquebrantable en la consecución de nuestros ideales, una constante labor individual de los ciudadanos

y un amplio espíritu colectivo que encauce aquellos trabajos y señale rumbos fijos en la marcha de la Nación.

Si así no se hace, podremos aplicarnos las siguientes frases del ilustre sabio francés Victor Cambon en su reciente libro *L'Allemagne au travail*: «Los pueblos que viven reconcentrados en la contemplación de un pasado glorioso, la quietud de riquezas acumuladas o las ansiedades de un presente cargado de nubes, no se deben sino al estado de inferioridad irremediable y definitivo que su inercia les prepara».

Para que nuestro estado de inferioridad no sea irremediable y definitivo es preciso que sacudamos esa inercia, que laboremos con ahinco por el progreso de la cultura y fomento de nuestras fuentes de riqueza y que avivemos el espíritu de asociación para toda clase de fines de utilidad general. Si siguen esa norma cada pueblo, cada comarca, provincia y región, irán conociendo los efectos de una prosperidad que dará lugar al adelanto común, siempre que un buen gobierno enlace la labor de las diferentes regiones, que deban relacionarse y apoyarse mutuamente para obtener mejor resultado en sus fines de progreso, y sepa dirigirla hacia unos mismos ideales patrióticos, que fortalezcan la unidad nacional y den a España un grado de civilización y un poder que le permitan imponer su voluntad en todo lo que le convenga.

Para fomentar la labor individual, base del sistema que preconizamos, sería preciso empezar por hacer disminuir el número de los españoles que en todas las poblaciones de alguna importancia tienen por habitual ocupación la de pasar buena parte del día *matando el tiempo* en tertulias o juegos; el de los que con tal de no trabajar o de trabajar lo menos posible, se resignan con un mediano o mal pasar, se conforman con no mejorar de posición o se resisten a cooperar a la prosperidad general. El contraste de esa clase de desocupados, a quienes siempre sobra el tiempo, nos lo ofrecen los laboriosos ciudadanos que constituyen la mayoría de las poblaciones que gozan fama de actividad, generadora de progreso, y que por lo mismo figuran a la cabeza de sus respectivos países, como ocurre en nuestra patria con Barcelona y con Bilbao. En esas poblaciones la vida se caracteriza por una activa labor de sus habi-

tantes, para quienes parece que siempre es escaso el tiempo que necesitan para el desarrollo de sus iniciativas o de los cometidos a que se dedican.

Y no es necesario acudir precisamente a las grandes urbes para encontrar ejemplos de actividad, productora de riqueza y adelanto; se encuentran también en comarcas rurales y en poblaciones de reducido vecindario. En nuestra misma provincia se ha enriquecido por el espíritu comercial de sus hijos la ciudad de Sóller y se distinguen por el fomento de sus producciones agrícolas las comarcas de San Juan y Felanitx. Cataluña nos presenta en los diversos aspectos de la actividad humana numerosos casos de un mejoramiento que debería servir de ejemplo y estímulo a otras regiones de España.

A la labor personal unen los catalanes un amplio espíritu de asociación, que les permite agruparse en instituciones prósperas y poderosas, federarse las de análoga índole de las diversas comarcas, sobre todo las agrícolas, y aun trabajar al unísono, en cuanto se trata de mejoras generales, todas las asociaciones culturales y económicas, prescindiendo de credos políticos y de cuanto pueda dividirlos, y no cejando en sus propósitos hasta alcanzar lo que anhelan. Así hemos visto muchas veces laborar de común acuerdo en la persecución de algún beneficio general, a las Cámaras oficiales, Ateneo Barcelonés, Fomento del Trabajo Nacional, Sociedad Económica de Amigos del País y otras de cultura y fomento.

Con sus iniciativas, su constancia, su labor y su espíritu de asociación han conseguido los catalanes crear y desarrollar numerosas enseñanzas prácticas, como las que se dan en su admirable Universidad Industrial y en su Escuela Superior de Agricultura, y como consecuencia acrecentar esas fuentes de riqueza, en términos que, en pocos años, son bien notorios los progresos alcanzados, que constituyen una de las más honrosas excepciones dentro del relativo atraso general de España.

Es evidente que si todas las regiones siguieran análogos procedimientos, persiguiendo su constante mejoramiento, no tendríamos que lamentar en tan alto grado ese atraso que nos coloca en lugar secundario entre las naciones de Europa. Las provincias, comarcas

y poblaciones que trabajan por su propia prosperidad, contribuyen con su labor al progreso general de la Patria.

Viene a corroborar lo que decimos, aunque en diferentes términos, el distinguido escritor don Luis López Ballesteros en sus recientes artículos sobre las *Fuerzas y reservas originales de España*. En uno de ellos, después de hablar del fracaso de políticos que quisieron actuar con procedimientos nuevos sobre un medio histórico que permanecía inalterable, añade: «Cuando se habla de hombres nuevos o de política nueva, yo insisto siempre en que eso sólo puede traérnoslo la progresiva modificación *del medio*, y como agentes para lograrlo, la intensificación de la cultura y la vigorización de la ciudadanía; pero no las maniobras de la política vieja que, con careta de renovación, labora tan activamente estos días.»

¿Qué duda cabe que el visible progreso de Cataluña se debe a la intensificación de la cultura, tomando esta palabra en su más amplio sentido, y a la vigorización de la ciudadanía?

Los menorquines descendemos de las honradas gentes catalanas que vinieron a poblar la isla a raíz de la expulsión de los moros. ¿Porque no hemos de asimilarnos hoy sus buenas cualidades e imitar sus procedimientos en beneficio de nuestra querida isla y, en consecuencia, del progreso nacional?

No tema nadie que vaya a preconizar actuaciones que no puedan ser aceptadas por todos. Ningún ciudadano amante de su país puede rechazar el ejemplo de las condiciones de laboriosidad, unión y progreso cultural y económico que he presentado como modelo digno de imitación. Si a estas cualidades que dominan en Cataluña, para honra de España, se han unido quizá algunas exageraciones, como cierto atavismo histórico, tal vez innecesario para el progreso, y un prurito de utilización del lenguaje regional en todas circunstancias y ocasiones, que en mi concepto puede resultar perjudicial en muchos casos y desde luego opuesto a las facilidades de la vida de relación, nos es muy fácil a los menorquines prescindir de procedimientos que podrían ser causa de que fuéramos mirados con prevención o recelo, ya que por las circunstancias de nuestra historia local no tenemos tan arraigado aquel atavismo, ni hemos cultivado suficientemente nuestro dialecto, que, en las ciudades, utilizamos casi solamente en el lenguaje familiar.

Considero como un castigo impuesto a la humanidad la confusión de lenguas originada en la torre de Babel, y como un ideal a que se debe aspirar, por irrealizable que hoy parezca, el de un idioma único, al menos para las relaciones entre países de distintos lenguajes nativos. Por consiguiente, cuanto menos sea el número de lenguas habladas, mejor; y por lo tanto, los españoles debemos usar con preferencia el castellano, que no sólo se habla en toda España y en la mayor parte de América, por un número de habitantes que pasa de cien millones, sino que hoy día se fomenta con verdadero interés su estudio en varias naciones extranjeras, como Francia, Inglaterra y Estados Unidos, además de hallarse muy extendido en diversas poblaciones de Oriente. Precisamente un diputado catalán, el señor Ventosa Calvell, hacía notar en la sesión del Congreso de 13 de noviembre de 1916, que lo mismo en Salónica que en Constantinopla, en todas las tiendas y en todas partes, se le entendió perfectamente en castellano; y que en Constantinopla hay más de cien mil habitantes que hablan el castellano, judíos que conservan para España una cierta atracción espiritual. Los lenguajes regionales, en cambio, no se pueden fomentar ni se aplican fuera de la respectiva región, dificultando las relaciones interregionales e internacionales.

Quedan, con esta digresión, alejados los temores que pudiera suscitar la opinión que he expuesto.

La asimilación e imitación a que me refiero ha de ser facilitada grandemente por la circunstancia de ser Cataluña la comarca de la Península con la que más relaciones de todo género tiene esta isla. Los mismos catalanes, además, nos ayudan en nuestras aspiraciones cuando se presenta ocasión. Los estudios que nuestras Cámaras de Comercio y Agrícola hicieron sobre el puerto franco, encontraron eco favorable en Barcelona. De allí vinieron también a estudiar nuestro puerto, por si era utilizable para el establecimiento, que se persigue, de un depósito franco de salitre de Chile en el Mediterráneo. Un delegado de la Academia de Jurisprudencia de Barcelona vino a ilustrarnos en la cuestión del Derecho foral. Y los miembros más activos de la Federación Agrícola Catalana-Balear acudieron con entusiasmo al XX Congreso agrícola aquí celebrado,

dándonos lecciones que pueden ser de utilidad para Menorca y de las que precisamente hoy he de decir algo.

Pero las bases para el aprovechamiento de todas estas circunstancias favorables hemos de fundamentarlas nosotros mismos; y la labor nuestra principalmente ha de ser el desarrollo de toda actuación que se emprenda para el mejoramiento general, aunque busquemos y aprovechemos las lecciones y el ejemplo exteriores y procuremos fortalecer aquella actuación por la unión y el apoyo de otros elementos convenientes.

No está en nuestra mano crear o poder contar con grandes genios o sabios que nos dirijan por vías de progreso, hasta colocarnos en lugar distinguido entre las comarcas más adelantadas y ricas de España; pero ya hemos dicho, de un modo general, que no es eso preciso. Procuren nuestras corporaciones populares que existan en la isla, bien dotadas, todas las escuelas necesarias; impónganse los menorquines de todas las clases sociales, la obligación de exigir que asistan a ellas todos los niños que deban asistir; apóyese la acción de todos los centros e instituciones de enseñanza, educación, higiene y deportes cultos que existan para la juventud; y cuando los ciudadanos lleguen a la edad en que han de proveer por sí mismos a su subsistencia y a la de la familia que creen, foméntese sobre todo entre las clases más ilustradas y las contribuyentes, un espíritu de ciudadanía que obligue a todos a intensificar la labor personal de modo que, a la vez que atienda cada uno a las propias necesidades, resulte siempre algún trabajo de utilidad para los demás; foméntese al propio tiempo el espíritu de asociación, sin la cual la labor individual resultaría estéril para la sociedad; y con estas sólidas bases, no será ya difícil que den resultados más positivos nuestros principales factores del progreso, que, por lo que atañe a la labor de los ciudadanos que han terminado su educación o el aprendizaje de su profesión, pueden reducirse en esta isla al Ateneo, las Cámaras de Comercio y Agrícola y la Liga Marítima, puesto que en el primero caben todas las manifestaciones de la cultura, las segundas abarcan cuanto se refiere al fomento de las fuentes de riqueza y la última tiene un cometido especial, aquí indispensable por la importancia que todo lo que se refiere a las co-

sas del mar dan a Menorca su situación y las condiciones del puerto de Mahón.

Para fundamentar aquellas bases, no hay más camino que el de querer establecerlas; es decir, la voluntad, en un número suficiente de ciudadanos, que han de tener fe absoluta en que la actuación que se impongan ha de dar aquí resultados prácticos, como los da en todas partes.

No es despreciable, ni mecho menos, la labor realizada por las instituciones citadas, que se ha desarrollado en esta casa desde los primeros años del presente siglo. Y si no se logran beneficios más tangibles, inmediatos y extensivos, se debe precisamente a que una gran masa de ciudadanos no tiene fe en la actuación de estas entidades, o no quiere molestarse contribuyendo a su misión; su inercia le hace desentenderse de lo que no afecta personalmente a cada individuo; le es más cómodo seguir viviendo rutinariamente y prescindir de innovaciones que, antes que le produzcan utilidad propia, le han de exigir algún sacrificio, por pequeño que sea. No tienen en cuenta que para recoger es preciso sembrar; y sembrar en buenas condiciones, para obtener buena cosecha.

Los trabajos científicos, literarios y artísticos de este Ateneo las publicaciones que ha dado a luz y que perdurarán en la bibliografía menorquina para dar eterna fe de su labor, la biblioteca y las colecciones que ha reunido, los concursos y exposiciones que ha efectuado y los deportes a que ha dado origen u organizado, gracias todo ello a la actividad de un número reducido de socios, dan idea de lo que podría hacer en beneficio de todos, es decir, en beneficio del país, si aumentase aquel número y aumentase su actividad.

La unión y enlace de instituciones que, en último resultado tienden al progreso del país, contribuye a que la labor de cada una sea más fructífera, pues ya hemos visto la relación que con la cultura general tiene el fomento de los diversos ramos de producción. Así esta unión ha permitido que se den en esta casa enseñanzas dedicadas a socios de diferentes entidades y conferencias de interés común a varias de ellas.

Esta misma armonía ha producido felices resultados en asuntos concretos, de interés general, iniciados también aquí. Puedo citar

como uno de los principales triunfos del Ateneo, eficazmente apoyado por diversas entidades, cuanto se ha logrado para la rehabilitación de este puerto, en el que están en vías de verse realizados nuestros ideales: dragado, base naval y consiguientes medidas de defensa. En numerosos periódicos y revistas profesionales, españoles y extranjeros, se ha aplaudido y apoyado la campaña que respecto al particular hicimos. Y no ha sido sólo la prensa periódica la que se ha ocupado con cariño de las conferencias que se dieron sobre estos asuntos; en la interesantísima y reciente obra de don Rafael Gay de Montellá *España ante el problema del Mediterráneo*, se apoya el autor en dichas conferencias para algunas de sus argumentaciones; y al tratar de la monografía del capitán Cienfuegos *Mahón. Base naval avanzada*, dice: «Nos consta que muchas de las ideas preconizadas por el esclarecido técnico han sido tomadas en consideración por los altos centros, en términos que permiten hacer esperar que dentro de poco Gaston Viuller no podría ya bautizar a nuestras posesiones mediterráneas con el nombre de *Islas olvidadas*.»

Sin el calor de esa unión que tanto preconizamos, probablemente no se hubiera arriesgado la Cámara Agrícola a patrocinar la celebración en esta isla del XX Congreso de la Federación catalana-balear, del que, si queremos, puede resultar también algún beneficio práctico; ella permitió presentar un programa de actos cultos que satisfizo a los congresistas forasteros e hizo quedar en buen lugar a a esta ciudad.

La Junta provincial de la Liga Marítima Española acaba de dar este verano una prueba patente de lo que pueden la unión y la actividad. Concedemos, como ya hemos dicho, especial importancia a esta institución, por las condiciones de nuestro puerto y nuestra isla; su campo de acción, que no se ha de limitar a los deportes, es muy vasto. Por de pronto, como asuntos de inmediato interés, puede ocuparse en el salvamento de náufragos y en la pesca. La *Sociedad protectora de la pesca*, aquí domiciliada, debería refundirse con la Liga, en cuya esfera de acción entra el cometido de aquella, como se refundió ya la de *Salvamento de náufragos*, que figuraba también en esta casa. Otro asunto merecedor de su estudio es la

industria de construcciones navales, que puede producir hoy pingües beneficios, y que resurge ahora en las islas hermanas, Mallorca e Ibiza, mientras se ha abandonado en ésta, donde llegó en otras épocas a alto grado de esplendor. Y no digo nada más de tan patriótica institución nacional, porque espero que el Presidente de nuestra Junta Provincial acceda a mis requerimientos de tratar ampliamente en esta tribuna de la misión de la Liga. También confío en que un ilustrado ateneísta dará en el presente curso una conferencia sobre el interesante asunto de la pesca, que tanto ha preocupado a la opinión.

He de ocuparme ahora con alguna detención en el cometido de las Cámaras de Comercio y Agrícola, respecto a cuya utilidad y necesidad de su existencia ya nadie duda, pero cuya labor no ha dado todos los resultados que debiera, principalmente por falta de apoyo y de fe y entusiasmo en la masa de los menorquines. Así como sería de indudable conveniencia que todas las personas ilustradas tomaran parte activa en las labores del Ateneo, creo que todos los contribuyentes deberían pertenecer a alguna de las dos Cámaras y apoyar en alguna forma su respectiva misión. A la de Comercio contribuyen ya, por imposición de la Ley, todos los industriales; pero la mayoría se limita a lo que la Ley no permite dejar de cumplir. En cuanto a la Cámara Agrícola está constituida solamente por una pequeñísima parte de los interesados en la agricultura, que lo mismo da que sean veinte que cuarenta, si la casi totalidad de ellos se ha de componer de socios pasivos, sin ideales y sin más cometido que el de abonar la módica cuota mensual, y aun a veces por compromiso.

Para las orientaciones de la Cámara de Comercio pueden sacarse provechosas enseñanzas de una obra recién publicada con el título de *España y América. Proyecciones y problemas derivados de la guerra*; obra cuajada de argumentaciones convincentes y saturada de notables y curiosas estadísticas, cuyo estudio me permito recomendar a los señores que constituyen la Cámara. Su autor es el joven capitán de Estado Mayor del Ejército peruano don Rodrigo Zárate, que con notable aprovechamiento está siguiendo los cursos de nuestra Escuela Superior de Guerra, a la vez que se ha

dado a conocer en Madrid por sus interesantes y patrióticas conferencias en el Ateneo y en el Centro de Cultura Hispano-Americano. Alentado por el éxito de estas conferencias, ha estudiado el señor Zárate seriamente y sobre el terreno las cosas de nuestra España, en vista de un interés práctico y para fortificar la noble idea de la intimidad hispano-americana.

Teniendo en cuenta las relaciones mercantiles de esta isla con América y el número de menorquines allí residentes, creo que pueden aplicarse a Menorca muchos de los razonamientos que el capitán Zárate presenta para España en general, con la mira de mejorar y fomentar aquellas relaciones en beneficio de nuestra industria y de nuestro comercio.

El señor Zárate estudia las deficiencias que en el mercado transatlántico ha ocasionado la guerra europea y recomienda, apoyándose en datos y razonamientos de gran fuerza, el aprovechamiento de estas deficiencias. Asegura y demuestra que la guerra ha producido en los mercados americanos, provistos principalmente por la producción y el comercio europeos, un vacío de *mil millones*. Este vacío lo puede llenar la acción española solícita, inteligente y bien dirigida. Aboga por la reforma de nuestro trato mercantil con el Nuevo Mundo o su cambio total, combinando esta obra con las condiciones excepcionales que ahora proporcionan, de una parte, la guerra, y de otra, la ventaja que para la circulación y colocación de los productos españoles ofrece el mero hecho de vivir arraigados y queridos en la América contemporánea sobre cuatro millones y medio de peninsulares, que mantienen los colores nacionales y cuyos ahorros enviados a la Metrópoli se calculan en estos días en más de 120 millones de pesetas anuales.

La terminación del conflicto actual, lejos de mejorar la situación del comercio español, está llamada a ocasionar grandes perjuicios, si se tiene en cuenta que los países aliados acabarán por celebrar con la paz estrechas ligas aduaneras, tendentes a *boycotear* de sus mercados, mediante recargadas tarifas prohibitivas, los productos que hoy reciben de países neutrales; lo que traerá por resultado la paulatina expulsión del comercio español de los mercados de Europa y la necesidad imperiosa de ir a la conquista de otros.

Así las cosas, conviene prepararse para la próxima guerra comercial, frente a la cual no caben situaciones de neutralidad o abstención posibles, y que para nosotros ha de ser más peligrosa que la que actualmente se libra por medio de las armas.

Hay que aprovechar, pues, las circunstancias del momento para intensificar nuestras relaciones mercantiles con América.

El señor Zárate cree que España no ha de temer la competencia de los Estados Unidos, porque las corrientes comerciales de uno y otro país son enteramente diferentes y ofrecen campos de explotación distintos una de otra. Actualmente sólo se preocupan los Estados Unidos de fabricar armas y explosivos, que les producen una utilidad más inmediata que la de llenar los mercados de América de los géneros que necesitan. Las mismas fábricas que antes de la guerra remitían grandes cantidades de mercancías, han liquidado sus negocios, invirtiendo sus utilidades en acciones de las empresas dedicadas a producir material de guerra. Y cuando pase la situación actual, la lucha será entre los Estados Unidos y los grandes países exportadores de productos similares, como Inglaterra, Francia y Alemania. El campo de penetración para nosotros se encuentra, por consiguiente, vacío; sólo falta ocuparlo.

Solamente en artículos militares los Estados suramericanos invirtieron en 1912 nada menos que 100 millones de francos. En esta cifra se encuentran incluidas las cantidades destinadas a la adquisición de multitud de productos que pueden venderse en España, como son: telas para vestuario, de Béjar; calzado, del que dice que en Mahón lo hay de superior calidad, espadas de Toledo, superiores y más económicas que las francesas; etc.

La carencia de algunos efectos en aquella república es hoy tan grande, que da la medida de ello, el hecho de haberse tenido que adquirir uniformes confeccionados y calzado para la tropa en el Japón.

Tratando de la labor de propaganda que hay que hacer, dice el capitán Zárate lo siguiente:

«De los proyectos y observaciones que hiciéramos públicos en la conferencia que dimos en el Ateneo de Madrid a nuestra llegada de América, nada, absolutamente nada logramos conseguir prácticamente.»

«En cambio, un mes después enviábamos extraoficialmente a nuestro Gobierno propuestas de venta de más de treinta artículos militares, que adquiriríamos mediante un largo y pesado trabajo; y hoy sabemos que están próximos a encargarse a Toledo un lote de espadas para oficiales; a Mahón, una buena cantidad de calzado; y a distintas fábricas de Madrid, sendos pedidos de guantes y bordados.»

«Y hay que tener en cuenta que tan admirable éxito se ha conseguido sin auxilio material o moral de ningún género, luchando con mil dificultades, completamente solos en la Corte, llevados únicamente por un intenso afecto a esta buena y grande patria.»

«Si el esfuerzo de una voluntad aislada, privada de todo género de medios, logra este resultado, ¿qué sería susceptible de alcanzar la acción, sabia y patrióticamente encaminada, apoyada por poderosos elementos y con fuerzas suficientes para dejar sentir su voluntad, salvar obstáculos y quebrar la natural desentendencia y apatía de nuestra raza?»

Creo yo que no solamente para el calzado podríamos extender nuestros mercados en América, sino también para los monederos de plata; es decir, para las dos industrias principales de esta isla; y que debería trabajarse además la exportación de uniformes confeccionados, que quizá podríamos ofrecer en mejores condiciones que los que han adquirido en el Japón.

Al tratar la obra que comentamos de los vinos y conservas alimenticias españoles, hasta hace poco casi olvidados u obligados a figurar en modesta escala en América, dice que surgen hoy a ocupar el primer puesto en las fondas y hoteles, que los ofrecen al consumidor a los mismos precios que los franceses e ingleses, que ya no llegan; y así expresa, entre otras cosas, que el queso de Burgos ha sustituido al de Gruyère. ¿No podrían las Cámaras de Comercio y Agrícola dar a conocer en América nuestro apreciado queso, que se colocaría allí a mejor precio que en la Península y que para la exportación a aquel continente reúne mejores condiciones que el de Burgos? Lo que ha hecho Burgos, ¿porqué no ha de hacerlo Menorca?

Hace notar el autor que en Nueva York, más que en ninguna

otra parte, es donde se observa principalmente este cambio en favor de nuestros productos alimenticios.

En una estadística de los principales artículos españoles importados solamente por la república de Chile, aparece el calzado por valor de 1.580.000 pesetas. Esto, contando con la fama de que goza nuestro calzado (único producto menorquín que tiene en América esta fama acreditada) da idea del que se podría exportar a aquellas repúblicas.

Durante las recientes conferencias económicas celebradas en Roma por los delegados de las naciones aliadas, el Gobierno italiano hizo ver la conveniencia de lograr que todos los ciudadanos de los países de la *Entente* que viven fuera de Europa se solidarizaran, formando grandes ligas comerciales, destinadas a consumir solamente los productos que producen sus industrias, *boycoteando* el comercio enemigo. La idea, acogida con gran entusiasmo, se estudia en la actualidad detenidamente.

Piensen los aliados asegurar así un mercado a sus productos. ¿No podrían hacer nuestras Cámaras de Comercio otro tanto con los cuatro y medio millones de españoles que viven en América? Hay que pensar que si el proyecto de los aliados se lleva a efecto, formaremos nosotros en el número de los perjudicados.

Algo hemos de hacer para evitar esos probables perjuicios y aun para mejorar nuestra situación actual, nada alhagüena. En efecto, demuestra el capitán Zárate que el promedio total del comercio de exportación española a América llega a la insignificante cifra de 3'5 por 100; y que España es el único país exportador cuyo comercio, lejos de ampliarse, señala una visible disminución. Este decrecimiento es más sensible hoy que en los primeros meses de la guerra, debido a la crisis del transporte de mar. Además, y lo que es peor, sólo el 30 por 100 del comercio español que ingresa en el Nuevo Mundo y el que de este continente se interna en España, lo acarrean barcos españoles. De aquí, por ejemplo, que España compraba en Chile una cantidad de salitre que es sólo el 30 por 100 del que en realidad consume la agricultura, llegando el resto de Hamburgo, como importación de Alemania.

Respecto a la necesidad, que de esto se deduce, del estableci-

miento de compañías españolas de navegación al Pacífico, ya traté con motivo del estudio de un depósito franco de salitre en el Mediterráneo. Los que quieran enterarse con detalle de este asunto, pueden ver el interesante folleto (que aquí tenemos) del Encargado de Negociaciones de Chile don Francisco Echáurren, publicado en 1914 a insinuación de la Junta de Iniciativas y de la Liga Marítima Española. Desde entonces, que yo sepa, no se ha hecho nada práctico, más que la adquisición, que debe haber efectuado estos días la Compañía Marítima Euskalduna, de un vapor de 6.000 toneladas para el tráfico al Pacífico y lo que intenta una compañía gaditana, de reciente creación, que proyecta adquirir tres barcos para el mencionado servicio. De esto he de hablar luego, al ocuparme del salitre de Chile.

En cambio, mucho temo que el Japón se nos adelante. Se ha hecho público, hace poco, que banqueros y capitalistas japoneses se preparaban para ir a América del Sur, a fin de estudiar y organizar, de acuerdo con las Cámaras de Comercio, líneas de navegación entre el Imperio y las Repúblicas americanas, para reemplazar el comercio de Alemania con aquellas.

Otra de las principales causas del reducido intercambio comercial entre España y América estriba en las dificultades con que tropiezan los productos españoles para su entrada en las aduanas americanas, pues en tanto que la mayor parte de los estados exportadores han logrado celebrar tratados de comercio y convenciones que permiten el acceso de sus productos en las condiciones más ventajosas, España no ha hecho cosa igual, teniendo que luchar con tarifas casi prohibitivas, que hacen imposible la concurrencia.

Respecto a este particular hay que alabar a nuestra Cámara de Comercio, que ha hecho repetidos esfuerzos para conseguir que se concertara un tratado con Cuba, sin lograrlo hasta ahora del Gobierno.

Expone también el señor Zárate el descrédito con que en América sigue aún mirándose, equivocadamente, todo lo español, que muchas veces es causa de que nuestros artículos se presenten con etiquetas extranjeras. En materia de calzado de lujo, por ejemplo, botas para damas, trabajadas en Madrid y Bilbao, se venden con

marcas de Viena. Y añade luego, hablando de nuestros productos susceptibles de ser allí colocados:

«Pero todos estos productos hay necesidad de llevarlos a América; presentarlos a los consumidores de esos países; hacerles ver el engaño en que viven, aceptando como italiano o francés algo que es genuinamente español; desvirtuando del alma de esos pueblos el concepto vago e impreciso que tienen de la industria española, a la que siguen considerando a través de un prisma de cien años ha.»

«Y junto con esas manifestaciones y muestras palpables del progreso material del país, llevarles también las palpitaciones del espíritu español moderno, renovado, amplio, vacío de prejuicios y egoísmos, quebrados los antiguos moldes al contacto con el espíritu filosófico del siglo.»

«Así dejarán de vernos tras el lente engañoso con que nos miran; cesarán las desconfianzas y terminarán de soñar con la visión de una España quijotesca y anacrónica, de esa España de la *bombilla* y la *clásica verbena* viviendo entre toros y procesiones, para dar paso a otra visión real, la de una España en pleno resurgimiento material y moral, por obra y gracia de las indomables energías de la raza, que despierta al sueño de veinte siglos de glorias y derrotas.»

Tratando luego de como hace su propaganda Alemania, país que ha obtenido resultados asombrosos en sus relaciones mercantiles con América, refiere el hecho siguiente, que puede presentarse como ejemplo de dicha propaganda. En un viaje que hizo el autor por Bolivia, pernoctó en un miserable poblado de indios, perdido en plena cordillera. Aterido por un frío terrible, uno de los indios notables del pueblo penetró en la choza con una gran tetera de agua hirviendo, que luego apuró el viajero con satisfacción indecible. Se trataba de una cerámica pintada de esos colores tan llamativos que gustan sobremanera a los naturales del país; de un lado, la figura del Kaiser con esta inscripción en castellano: *Alemania es el país más poderoso del mundo*; del otro, el escudo de armas de la República boliviana con esta leyenda: *Viva la grande y hermosa Bolivia*.

Como tipo el más perfeccionado de Cámaras de Comercio, presenta el señor Zárate la de Lyon, que efectúa la obra de propagan-

da más intensa y práctica con que cuenta el comercio de exportación francés. Anualmente envía la Cámara un comisionado especial encargado del estudio de un determinado mercado exterior. A su regreso presenta una Memoria sucinta, conteniendo sus impresiones al respecto, Memoria completada por la información oficial más detallada, que se imprime y se reparte profusamente entre los productores interesados en el mercado que acaba de estudiarse.

He aquí algunas de las indicaciones y consejos que la Cámara de Lyon hace a los comerciantes franceses que se aprestan a prepararse a la lucha económica que seguirá a la guerra:

- 1.º Fabricar los productos que pidan los consumidores, estudiando sus gustos y tendencias.
- 2.º Ofrecer los productos en las mejores condiciones de venta para el comprador.
- 3.º Poner grande empeño en la puntualidad de los envíos.
- 4.º Aprender el arte de los embalajes irreprochables.
- 5.º Multiplicar los catálogos, muestrarios y aumentar el número de viajantes que conozcan la lengua y costumbres del país.
- 6.º Cuidar de la calidad del artículo, pues que en América se exige y sabe apreciarse.
- 7.º Preparar el terreno por medio de la publicidad.

No cabe duda que esas interesantes y lógicas observaciones y consejos merecen colocarse en grandes caracteres en las oficinas de trabajo de nuestras casas industriales.

Recientemente he tenido ocasión de enterarme de que todos los fabricantes de papel de Tolosa (Guipúzcoa), puestos de acuerdo, acaban de enviar un comisionado a la América del Centro, en busca de nuevos mercados para su industria. Tolosa es una población de doce mil almas, es decir, de menor vecindario que Mahón y no tiene Cámara de Comercio propia, perteneciendo a la jurisdicción de la de San Sebastián. ¿No podrían hacer algo análogo los fabricantes de calzado y los de monederos de Menorca, dirigidos por nuestra Cámara? Claro es que antes hay que preparar el terreno; pero para esto tenemos en América cónsules y hay, aunque pocas, algunas Cámaras de Comercio españolas, con las que podría ponerse en relación la nuestra.

Un excelente medio de propaganda es el envío de una Exposición flotante de productos de la industria española a América. Aunque la idea no es nueva, el señor Zárate, después de estudiar las causas del fracaso que hasta ahora todas han experimentado, presenta un proyecto detallado de Exposición flotante, que propone a la consideración del Gobierno. Por si llegase a realizarse, nuestras Cámaras de Comercio y Agrícola deben estar al tanto, a fin de que en ella figuren los productos menorquines susceptibles de exportación a aquel continente.

Hace pocos días me he enterado, y conviene tenerlo presente, que la Cámara de Comercio Española en Rio Janeiro está procediendo a la organización de una Exposición permanente de productos españoles, y para llevar a efecto tan patriótico fin, solicita de los productores, fabricantes y comerciantes el envío de muestras de los artículos nacionales que pueden ser importados en aquel país, con expresión de sus condiciones y cuantos detalles sean pertinentes a cada uno.

La propaganda comercial, para rendir buen resultado, debe efectuarse con toda amplitud y a todo gasto; pero como nuestros exportadores han de luchar con su escasa preparación y su reducida capacidad económica, se impone la organización del sindicato, como forma la más práctica de impulsar el comercio exterior y las industrias, al fin no sólo de orientarlas hacia las necesidades del consumo, la demanda de los productos y formas de hallar para ellos la mejor colocación en los mercados, sino lo que es más, como medio de conseguir el dinero necesario para ampliar su capacidad y hacerla más intensa y eficaz, cosa que hoy, aislado el productor y falta de recursos para impulsar su labor, no puede hacer.

De todo lo que es capaz el sindicato, sin acudir a ejemplos distantes, nos lo dice el impulso que ha logrado imprimir a la agricultura, debiéndose a su poderosa influencia y a la potencialidad de la organización confederada que ofrece en algunas regiones de España el incremento de esta rama de la producción, en vías de constante y progresivo desarrollo.

Sólo la Confederación católica agraria de Castilla la Vieja y León agrupa 18 federaciones con 1.500 sindicatos, que representan

unos 200.000 socios. Modelos de federaciones y entidades que se distinguen por sus resultados en favor de la agricultura son también, entre otras, la Asociación de Agricultores de España; la Asociación general de Ganaderos del Reino, heredera de la antigua Mesta; la Asociación de labradores de Zaragoza, tipo de asociación regional; el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro; y la Federación Agrícola Catalana-balear.

Las asociaciones confederadas agrícolas tienden a solucionar principalmente el problema del crédito agrícola, mediante la organización de sus sindicatos con cajas rurales.

La compra de abonos y su venta a módicos precios a los agricultores, constituye a la vez una de sus formas de actividad.

Como se ve, la obra de estas confederaciones no puede ser más útil e importante.

Con mi voto en nuestra Cámara procuré su ingreso en la Federación Agrícola Catalana-balear, a consecuencia del cual hemos conseguido la celebración en esta ciudad del XX Congreso, como dije en su sesión de clausura, para honra de Menorca y en beneficio de su agricultura, si *queremos* aprovechar sus lecciones. También he propuesto recientemente a la Junta de la Cámara, y ésta ha aprobado, su reingreso en la Asociación de Ganaderos del Reino, por considerarlo de indiscutible conveniencia, si hemos de ocuparnos en el mejoramiento de nuestra ganadería y trabajar el establecimiento de una estación pecuaria en Menorca.

Uno de los asuntos que no deben perder de vista nuestras Cámaras es el de la creación de un depósito franco de salitre de Chile, como medio de obtener más barato este producto, tan importante para la agricultura, y de alcanzar positivos beneficios para Menorca, si se consiguiera su establecimiento en este puerto.

No considero inoportuno decir algunas palabras sobre este asunto, del que he tratado aquí en diferentes ocasiones.

A él dedica también el capitán Zárata un capítulo de su notable obra. Dice que España compró en 1913 más de 50.000 toneladas de nitratos para su agricultura. Si se tiene en cuenta que existen 10 millones de hectáreas de cultivo y se asigna la cantidad de 20 kilogramos por hectárea (Bélgica emplea 120), llegamos al conven-

cimiento de que sólo para sus necesidades más apremiantes—y suponiendo estacionaria la conquista para la agricultura del resto de las dos terceras partes del territorio completamente abandonadas— España debía consumir anualmente la cantidad de 200.000 toneladas de nitratos procedentes de América.

Demuestra luego que en España es casi imposible sustituir el salitre de Chile por abonos nitrogenados obtenidos mediante la fijación del nitrógeno atmosférico por diversos procedimientos, como hacen Alemania y Noruega, a causa principalmente de la carencia y costo exagerado de las materias primas necesarias y del escaso desarrollo de la industria española.

Es posible que el incremento que toman las industrias de fabricación de explosivos, el impulso de los métodos de la electrolisis y las exigencias, cada día crecientes, de la fabricación de material de guerra, traigan como consecuencia para el futuro un adelanto en la industria de la fabricación de abonos químicos; pero por el presente, la cuestión se presenta muy difícil, por no decir imposible.

En estas condiciones es indudable que todo propósito de incrementar la importación de nitratos es de gran utilidad a la agricultura nacional, es el primero de los problemas vinculados con el desarrollo y la vida del país.

Como todos los que de él se han ocupado, dice que la verdadera y más práctica solución del problema sería el estudio de la constitución de un puerto de depósito franco en el Mediterráneo, que viniera a convertirse en un verdadero mercado para las necesidades de los países situados en este mar y los Balkanes, reemplazando de hecho a Hamburgo, en superiores condiciones, por lo relativo a la distancia a los países compradores, ya que ellos lo adquirirían en ese puerto o en Amberes, pagando elevados fletes de transporte.

En el más desfavorable de los casos fija en un millón, por lo menos, el número de toneladas posibles de ser vendidas en un año, con toda seguridad, en los puertos del Mediterráneo, que viene a ser precisamente lo que compraban los agricultores de esas regiones en Hamburgo y Amberes.

Este mercado es completamente firme, pues no hay el más ab-

soluto peligro en la importancia de la producción de abonos químicos para los países consumidores en la zona mediterránea, Rusia y los Balkanes, donde su elaboración lucharía con las mismas dificultades que en España.

El ideal para Menorca sería el establecimiento del depósito de que se trata en nuestro puerto, que parece ser el que reúne mejores condiciones de los que al efecto se han estudiado. Las entidades iniciadoras luchan con la falta de barcos y no sé si con alguna otra dificultad. Mientras tanto, en Cádiz se ha constituido la *Compañía Salitrera Española*, de carácter hispano-chileno, con un capital de ocho millones de pesetas, que podrá aumentarse hasta doce millones, el cual se empleará: 1.º, en la adquisición de tres barcos que directamente hagan la importación del salitre desde los puertos chilenos a los de España u otros que convenga a la Sociedad; 2.º, en la instalación de almacenes, oficinas y personal necesario para llevar a cabo la empresa. El resto del capital, que ha de ser siempre mayor de dos millones ochocientas mil pesetas, después de adquiridos los barcos y hechas las instalaciones, queda para atender al movimiento de compras y ventas. Las embarcaciones fletarán mercancías en los puertos de Europa y con destino a los que interesen de América, dando prioridad a la República de Chile, como justa reciprocidad del intercambio comercial.

La Compañía instalará Delegaciones con almacenes en las provincias en que radiquen accionistas, con ciertas garantías.

Creo que la Compañía Salitrera Española de Cádiz no ha de ser obstáculo para el depósito franco que otras entidades intentan establecer en el Mediterráneo. De todos modos, sería conveniente que la Cámara Agrícola estudiara la oportunidad de gestionar la instalación en este puerto de una de aquellas delegaciones; los agricultores accionistas de Menorca obtendrían la ventaja de ser importadores a la vez que consumidores del producto de origen, sin temor a engaños y con más economía, en beneficio de sus tierras, a la vez que disfrutarían de los intereses que han de reportar a la Compañía los fletes de sus barcos y las distintas operaciones que han de sucederse en el orden comercial e industrial.

Actualmente tiene la Cámara Agrícola la obligación moral de

procurar que se vayan llevando a la práctica las conclusiones acordadas en el Congreso recién celebrado en esta Ciudad, a petición de la misma Cámara.

No hemos de analizar ahora los temas, a cual más interesante, puestos a discusión de la asamblea; cuestión es ésta que corresponde tratar en detalle a la Cámara, para intentar la implantación de todas las mejoras posibles. Pero entre las conclusiones acordadas, parece como de aspiración más general e inmediata la creación en Menorca de una estación pecuaria, por lo que he de decir algunas palabras acerca del asunto.

Antes que la Cámara, celebrado el Congreso, diera ningún paso para ello, la ha pedido ya al Gobierno la Federación Agrícola Catalana-balear. También nuestro Consejo Provincial de Agricultura y Ganadería ha solicitado que se destinen a esta isla sementales procedentes de la Granja Central, si se acuerda, en virtud de reciente Real Orden, su distribución entre las provincias.

¿Qué hacen entretanto, o qué deben hacer los propietarios menorquines, para que sean una realidad las mejoras con que esas entidades tratan de que se nos favorezca? Y sobre todo, ¿cómo se han de preparar para que esas concesiones, una vez alcanzadas, produzcan realmente beneficiosos resultados?

Si lo que piensan hacer, o mejor dicho, lo que no piensan, es salir de la rutina y de la indiferencia hasta ahora dominantes o seguir empleando su poca actividad en minucias que no pueden influir en nuestro mejoramiento agro-pecuario, inútil será que la Cámara y las entidades superiores intenten nada.

Dos exposiciones de ganado ha organizado la Cámara Agrícola desde su creación, gracias a los esfuerzos y trabajos de unos pocos de sus individuos; pero desconsuela la afirmación que a raíz de la segunda hace en la REVISTA DE MENORCA un técnico, el Profesor Veterinario don Miguel Gomila Jover, de que en el espacio de once años transcurrido de uno a otro concurso, el criador menorquín no ha adelantado un solo paso en el fomento de su riqueza; ese tiempo no ha sido, por desgracia, aprovechado por nuestros ganaderos.

Lo que deben hacer los propietarios menorquines, si se deciden

de una vez a sacudir su inercia y a trabajar, todos asociados, para el mejoramiento de la agricultura, aceptando los pequeños sacrificios que por de pronto sean necesarios, nos lo dice con franca sinceridad, apoyándose en ejemplos de lo que han hecho otras comarcas, el entusiasta agricultor catalán, que tomó parte en las discusiones del último Congreso, don Juan Poblet, en sus artículos titulados ESCOLLOS AL CONGRESO AGRÍCOLA, insertos en *La Voz de Menorca* de los días 15 y 18 de junio último.

Merecedores de profunda meditación esos artículos, parece que, como tantas otras predicaciones, han caído en el vacío; al menos, yo apenas he oído hablar de ellos a ningún propietario agricultor. Pero hemos de intentar, siquiera, difundir sus principales consideraciones, que están de completo acuerdo con las ideas generales que hemos expuesto al principio de este trabajo, repitiendo una vez más que es preciso que se despierten las iniciativas individuales y el espíritu de asociación, si queremos que prosperen nuestras producciones agrícolas e industriales.

El señor Poblet hace constar el hecho de que en el Congreso se prescindiese, casi en absoluto, de la enorme fuerza que en agricultura, como en todo proceso vital, representa el principio de asociación; y añade: «Ni una alusión al mismo oímos de labios insulares; no será, a fe, porque no pueda ser un factor decisivo en la solución de los graves problemas tan ampliamente explicados por los señores Mir y Gomila. Sólo éste, en la 5.^a de sus conclusiones, preconizó la cooperación para la venta de leche y fabricación de mantecas y quesos, pero en forma tal, tan sin ahondar en la entraña de lo que debe y puede ser la cooperación para esos fines, que mejor parecía afirmación de un pesimista que noble alzamiento de la bandera por un convencido».

Y es que el señor Gomila, como nosotros y como todos los que intentan despertar a los agricultores menorquines, tememos siempre que no haya poder humano capaz de hacerles salir de su sueño profundo, tranquilo y confiado.

«En cambio, (añade el señor Poblet), oímos con pena la reiterada apelación a la ayuda del Estado: momentos hubo en el curso de la discusión del tema 2.^o, en que estuvimos dudando si nos ha-

llábamos en una asamblea de productores o en una reunión de míseros empleados de ínfima clase, reunidos para solicitar un aumento de sueldo.

Y es que, por aquellos temores a que me he referido, pensamos siempre en que vengan otros a sacarnos de nuestro letargo. Pero el Estado, como dice el repetido congresista, refiriéndose a la Estación Pecuaria, con una R. O., una plantilla, unos nombramientos y una nómina, juzga terminada su alta misión. La institución no dará fruto alguno si una vivificación intensa del espíritu pecuario en la clase que a la ganadería se dedica, no la hace familiar y apetecibles sus servicios. El número de consultas hechas, el de conferencias o cursillos solicitados, el de actos de cooperación aportados a la Estación, constituyen fiel termómetro de la cultura agrícola de cada pueblo de la comarca donde está instalada.

En opinión del señor Poblet no ha llegado la hora de solicitar del Estado la creación de la Estación, si se quiere que ésta represente para Menorca algo más que el ingreso de las pesetas de los sueldos de sus empleados. Además, es probable que el Estado exigiera la cooperación pecuniaria del país, según ha hecho en casos análogos. Los propietarios y comerciantes de Reus allegaron importantes sumas, mediante un impuesto voluntario y general sobre cada bocoy de vino y cada saco de almendra o avellana, para la creación de su estación Enológica, aparte la ayuda prestada por el Ayuntamiento.

Una cosa análoga podríamos decir de la Estación Enológica de Felanitx, en esta provincia. En ambas comarcas, los productores ven recompensados con creces sus sacrificios.

¿Estarán los propietarios menorquines dispuestos a acordar un impuesto voluntario sobre cada cabeza de ganado que vendan para la exportación o el sacrificio?....

Trata el señor Poblet de la propaganda que debe efectuar la minoría selecta de los convencidos. Esta minoría debe constituir la Junta Directiva de la Cámara; y quien en ella no quiera o no pueda seguir la actuación indicada, debe retirarse a continuar en la dulce tranquilidad y confianza de los que se conforman con que la institución sea, como dice aquel señor, *un nombre, un papel timbrado*

y un sello, que sólo sirva de exhibicionismo o de mísera politiquilla a alguno o algunos.

Hemos de procurar que esos sean los menos, porque allí donde los agricultores se muestran negligentes en su actuación, la agricultura no prospera, y, en los tiempos actuales, no prosperar es sinónimo de retroceder.

Podemos presentar otra vez, y ahora concretando el asunto, el ejemplo de Cataluña, donde tan excelente resultado están dando sus instituciones agrícolas. Todas las provincias de España se rigen por las mismas leyes, y no obstante en ninguna de ellas funciona la enseñanza ambulante agrícola como en Cataluña, donde se han dado cursos y conferencias en un sinnúmero de pueblos, con asistencia de un contingente extraordinario de alumnos. Los pueblos todos de la región han subvencionado esa enseñanza, y los propietarios, aparceros y obreros del campo, y aun las payesas, se han mostrado ansiosos por oír las lecciones de los técnicos, y éstos han surgido entusiastas y activos y han esparcido sus conocimientos por todos los ámbitos del Principado.

De la necesidad de esas lecciones y de los resultados que producen, trató elocuentemente el Director del Servicio Agrícola de la Mancomunidad de Cataluña don José M.^a Valls, en la sesión de clausura del Congreso. También el señor Gomila, en la conclusión 3.^a de su tema, propuso y se aprobó, que los Inspectores de higiene y sanidad pecuaria vulgaricen las cuestiones relacionadas con la ganadería, para que los obreros agrícolas puedan aprovechar sus enseñanzas.

Entendemos que la Cámara podría y debería organizar esas enseñanzas, con un pequeño sacrificio de los propietarios, dada la excelente disposición de los técnicos.

Lo que en el mismo Congreso se dijo de las Secciones de plagas del campo, es una prueba más de que ninguna utilidad práctica prestan los organismos directores, si no se llevan a los mismos iniciativas y energías fecundantes, y si los propietarios no están siempre movidos por el desinterés personal y por el afecto a los asuntos agrícolas.

Por análogas razones, cuantas iniciativas y reformas ha tratado

de implantar el último Ministro de Fomento, Vizconde de Eza, serán prácticamente inútiles en las comarcas en que los agricultores no estén preparados o no quieran prepararse para utilizar sus beneficios. Así en Menorca no vemos posibilidad de que hoy se obtenga ningún provecho de tales reformas, si no cambia por completo el modo de ser de los propietarios agrícolas.

Ya sé que cuanto preconizo exige molestias y sacrificios; pero hay que repetir que a ellos tienen que someterse los intelectuales y los productores, si quieren que las instituciones aquí creadas sean verdaderos factores del progreso, si Menorca ha de prosperar y si queremos salir todos particularmente beneficiados a la larga con esa prosperidad general.

Los que gobiernen dichas instituciones, principalmente, han de trabajar con el ejemplo; hay que acabar con el sistema de cubrir cargos por la simple formalidad de llenar una plantilla y de aceptarlos por compromiso, con la condición, a veces, de que no han de ocasionar trabajo ni gastos. Hay que evitar, en consecuencia, que toda la labor indispensable pese sobre dos o tres, faltos en ocasiones hasta de los necesarios elementos oficinescos, viéndose obligados a ejercer de amanuenses y consumiéndose en detalles que les impiden dedicar su actividad y su tiempo a las iniciativas y a las tareas importantes que el gobierno de estas instituciones exige.

Tampoco conviene, en mi concepto, que se eternicen las mismas personas en la dirección de tales corporaciones y sociedades, como si en ellas estuvieran vinculadas, porque además de imponerles sacrificios permanentes, que pueden producir el cansancio y que en equidad deben distribuirse alternativamente entre varios, resulta el inconveniente de que el día que falten o no puedan continuar en el ejercicio de su cargo, se resienta la institución, con la costumbre de considerarla como cosa propia de la personalidad. Es preciso que en esa dirección y gobierno vaya entrando el elemento joven, que a ellos debe aportar sus bríos, ocupándose en cosas útiles a la sociedad y disminuyendo el tiempo dedicado a diversiones y holganzas.

Hay que desechar, por último, toda clase de prevenciones, notoriamente injustificadas, contra aquellas entidades que merecen el apoyo de todos, y que si cuentan con el decidido y práctico de au-

toridades, corporaciones y particulares, contribuirán seguramente en alto grado al progreso y prosperidad de la isla.

Aquella *exaltación de los espíritus*, tan gráficamente descrita por el señor Cotrina en sus «Nuevas impresiones de Menorca», y que viene a turbar periódicamente el ordinario sosiego de estos habitantes en tiempo de elecciones del diputado a Cortes (las de senadores no logran exaltar nuestros espíritus), debería obrar de un modo constante en pro de la actuación de las entidades destinadas exclusivamente a trabajar por la cultura y prosperidad del país, en beneficio de todos, blancos y negros, con la seguridad de que el mejor representante en Cortes que puede resultar de aquella exaltación, no conseguirá fomentar nuestra cultura y nuestras fuentes de riqueza, por sí ni por su influencia, si falta aquella actuación, que han de ejercer directamente los mismos ciudadanos, agrupados en las instituciones indispensables, con la base de la iniciativa y la labor individual, el espíritu de ciudadanía y el de asociación.

Conseguirlo es cuestión de voluntad; los menorquines dirán si creen llegada la hora de intervenir en el resurgimiento previsor que se inicia en otras partes, en preparación de lo que pueda ocurrir al terminar la guerra, ejercitando aquella facultad en la actuación que preconizo, indispensable para la vida y prosperidad de nuestra querida isla y de nuestra patria España.



Los factores del Progreso
en Menorca

Artículos publicados en EL BIEN PÚBLICO
en diciembre de 1917.



I

Muchos, muchísimos son, por desgracia, los menorquines que califican de *música celestial* cuantos intentos y predicaciones se inician y desarrollan con objeto de producir y avivar una actuación fecunda en pro de la cultura y del progreso económico de esta isla, que se va quedando retrasada en relación con el visible adelanto de otras regiones de España. Abundan los que creen que, por el poco tiempo que cada uno ha de estar en este mundo, es mejor que lo pasemos divirtiéndonos y holgando que dedicándonos al estudio y al trabajo. Hay todavía mahoneses de distinguida posición social y económica que no han hecho nunca nada en favor de instituciones que honran a la Ciudad; y hasta algunos ivergüenza da decirlo! no las conocen siquiera, a pesar de oír los elogios que de ellas hacen los forasteros y transeuntes; creen, sin duda, que con la abundancia que hay aquí de círculos políticos y salas de recreo, no necesitamos nada más. Y así han de vivir aquellas instituciones trabajosamente, como ocurre hoy también con nuestro teatro Principal, que era y podría seguir siendo otro elemento de cultura.

Pensemos en lo que sería Mahón, en pleno siglo XX, sin Cámaras de Comercio y Agrícola, sin Ateneo, sin la Liga Marítima,

sin la Gota de Leche y otras de instituciones modernas; por escasa que sea su actuación, que es la resultante del apoyo y entusiasmo de algunos ciudadanos, libra, cuando menos, a la Ciudad del dictado de frívola, que, con justicia, podría dársele, si en ella no hubiera más que el excesivo número de círculos y salones de recreo que hoy existen.

Aun las instituciones religiosas necesitan la cooperación de diversiones y de rifas o tómbolas para su sostenimiento. Ello contribuye a ratificar la cualidad, poco recomendable, que más descuella en estos habitantes, que es su afición a las diversiones y a los juegos y suertes de azar.

Generalmente se admira y alaba a las naciones que disfrutan de una prosperidad superior a la nuestra y a las regiones que progresan. Entre las personas a que he aludido hay indudablemente muchos entusiastas de Alemania; pero muy pocos son capaces de sacudir su apatía y de desprenderse de su egoísmo, para imitar la actividad y el espíritu de colectividad de los alemanes, cualidades a que debe aquel Imperio su adelanto y su poder.

Ningún gobierno, por excelente que sea, puede hacer prosperar a una región de gente frívola, apática e individualista, que no tiene otro ideal que la exalte sino su intervención, de vez en cuando, en la *mísera politiquilla*, que, bajo el pretexto de defender a la Monarquía o laborar por el advenimiento de la República, aun en asuntos puramente administrativos y hasta en muchos actos de la vida social, no tiene generalmente más finalidad que el vencimiento o el predominio personal y el sostenimiento de procedimientos desacreditados que hoy rechaza casi toda la Nación.

Si algunos se manifiestan partidarios del progreso, sólo aspiran a alcanzarlo por la acción del Gobierno, del diputado o de la suerte; nada fundan en la labor colectiva de los ciudadanos que tan excelentes resultados da en todas partes.

Hay quienes se consideran a sí mismos como *muertos*, es decir vencidos definitivamente por la inercia, sin más ideal ni propósito que el deliberado de no ocuparse ni intervenir absolutamente en nada que no afecte directa e inmediatamente a su persona. Son la personificación del individualismo, o mejor dicho, del egoísmo, que,

cuando domina en un pueblo, es la rémora mayor para su adelanto. Otros dedican su actividad a la mezquina política local, que se preocupa menos del fomento de la cultura y de las fuentes de riqueza que de colocar y favorecer a los amigos y perjudicar o molestar lo más posible a los adversarios. Los pocos que prescindiendo de personalismos y mezquindades, intentan trabajar por el progreso de la Isla, se encuentran aislados, sin apoyo y sin el calor de la colectividad.

No es que no existan ideales de finalidad práctica para el mejoramiento del país, ideales que podrían servir de bandera en las luchas electorales; pero generalmente limitan éstos sus programas a la forma de gobierno y a personalismos locales.

De estos ideales tratamos recientemente en la conferencia que dimos en el Ateneo con el mismo título que encabeza estos artículos. Su tendencia parece que mereció la aprobación del auditorio bastante numeroso, que tuvo la paciencia de oír la lectura, así como de los periódicos de diversas tendencias que de ella se ocuparon. Pero como se hizo observar, se notó la ausencia de muchas personas que habían sido expresamente invitadas con interés por quien parece debía haber sido atendido, a pesar de lo cual no mereció siquiera contestación ni excusa de la mayoría de ellos.

Por si hubiera aun quien quisiera fijar en ello su atención, creemos que no será inoportuno ocuparnos en la prensa de varios de los puntos tratados, ampliando algunos, insistiendo en otros y presentando algún nuevo ideal, ya que son temas de indudable interés, a pesar del poco acierto con que por nosotros se expongan y desarrollen.

Posible es que muchos no los lean siquiera; que otros sigan calificando esos asuntos de *música celestial* o de imposible realización aquí; que algunos *muertos* no quieran resucitar y que no falten quienes pospongan esas cosas a la política en uso. Pero si hubiera tan sólo un par de docenas de ciudadanos de buena voluntad que se propusieran conseguir algo, un poco nada más, de lo mucho que podría hacerse en bien del país, nos consideraríamos muy satisfechos; tenemos la convicción de que de aquella voluntad depende principalmente alcanzar lo que nos propusiéramos.



II

Enseñanza y cultura

Demostremos en nuestra conferencia del Ateneo, con ejemplos prácticos, que la base de la prosperidad de los pueblos es el desarrollo de la enseñanza y de la cultura general. Dijimos, entre otras cosas, que en Alemania de cada diez mil reclutas sólo hay dos analfabetos; un ciudadano que no sepa leer y escribir es allí un ser raro y desgraciado, como puede serlo aquí un ciego o un sordo mudo. En España distamos extraordinariamente de ese ideal, puesto que bastante más de la mitad de los españoles carece de la facultad de la lectura; las consecuencias de esta desgracia nacional se traducen en el atraso en que nos hallamos respecto a la mayor parte de las naciones de Europa.

Concretándonos a Menorca nos vemos precisados a hacer constar que el número de analfabetos es aún mayor que el promedio resultante para toda España, según las últimas estadísticas. Lo mismo podemos decir del conjunto de esta provincia, ya que la proporción de analfabetos es todavía mayor en Mallorca e Ibiza

que en esta isla. Esto es, sencillamente, para nosotros, una vergüenza insular, provincial y nacional.

Es claro que hay aquí medios de combatir, aminorar y hasta suprimir esa calamidad, como los ha habido en otras partes. Hace pocos años parece tenía nuestro Ayuntamiento, como uno de sus ideales, la creación de dos nuevas escuelas de primera enseñanza; ignoramos por que se ha abandonado este ideal, del que ni siquiera se habla ya. Tampoco pudo sostenerse la Escuela ambulante de Tramontana, que se había creado. Estas escuelas rurales ambulantes, funcionando en las comarcas más alejadas de poblado, serían un gran elemento para hacer eficaz la obligación de adquirir la enseñanza elemental. Con tres o cuatro en toda la isla quizá habría suficientes, y su sostenimiento entre los Ayuntamientos interesados no parece cosa imposible, ni mucho menos.

Pero en esto, como en todo ideal de progreso, no es suficiente la acción oficial. Creadas las escuelas necesarias en la isla, sería preciso que los ciudadanos de todas las clases sociales se impusieran la tarea de hacer cumplir la obligación de asistir a ellas a todos los que lo necesitasen; los propietarios deben velar por la asistencia de los hijos de sus colonos; los patronos, por la de sus obreros. El Estado ya hace lo posible, creando las escuelas nocturnas de adultos y subvencionando el establecimiento de nuevas escuelas para niños.

El Ayuntamiento de Mahón sostiene escuelas municipales de dibujo y de música. De esta hemos de tratar en el próximo artículo. La de dibujo podría servir de base para la creación de una Escuela de Artes y Oficios, aquí muy necesaria. El día que esto se consiguiera, tropezaríamos con la falta de local para la instalación.

Esta circunstancia y la de ocupar el Instituto General y Técnico un edificio deficiente, exigen la construcción de otro nuevo, en el que tuvieran cabida ambos centros de enseñanza y la Biblioteca pública.

El Instituto honra a nuestra ciudad y a su Ayuntamiento, que han sabido crearlo y sostenerlo hasta conseguir que el Estado se hiciera cargo de él. Es indiscutible su necesidad en esta isla, por las dificultades de comunicación con la capital de la provincia. Pero

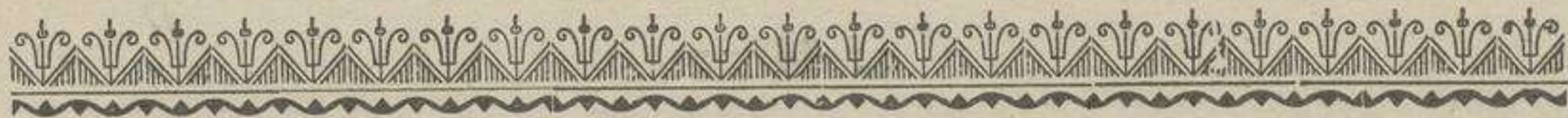
su instalación deja bastante que desear y está pidiendo un local apropiado y capaz para todas sus dependencias, dejando el que ocupa para ampliar la inmediata Casa de Misericordia, que bien lo necesita.

Si el Ayuntamiento ofreciera al Estado un solar adecuado, no creemos difícil el conseguir la edificación de un nuevo Instituto. Por este medio se ha logrado la construcción del cuartel de Caballería. El sacrificio que para éste hizo el Municipio hace unos doce años, puede imponérselo ahora en favor de aquel. El Estado va a levantar aquí un palacio para Correos y Telégrafos, sin ningún auxilio de la Ciudad; más fácil parece que, contando con la ayuda de ésta, se consiguiese la construcción del Instituto.

Las clases gratuitas que se dan en algunos centros de enseñanza, así como todas las instituciones de cultura intelectual y física, merecen el apoyo de los buenos ciudadanos, siempre que en sus locales no existan mesas de juego ni bebidas alcohólicas, que mixtifique la finalidad de aquellos o desdigan de su denominación.

No pretendemos que de repente se pueda conseguir todo lo que proponemos; pero principio quieren todas las cosas, y dando hoy un paso y otro mañana, llegará el día en que sea un hecho el mejoramiento cultural de esta isla, que es la base, como hemos dicho, de todo progreso. Lo que es evidente es que con los medios y procedimientos actuales no pasaremos del estado actual de cultura; con la inercia, con el *estatu quo* ni se adelanta ni se mejora la condición de los pueblos.





III

Filarmonía

Es frecuente oír la opinión de que este pueblo se distingue por su amor a la música. Vamos a analizar los fundamentos de esta creencia, que ya a primera vista no parece justificada. Lo que sí es evidente, porque podemos comprobarlo todos los días y en diversos sitios, es que las aficiones predominantes hoy en los mahoneses son los cinematógrafos y las barajas. Probablemente no habrá otra población en España en que existan tantos *cines*, en relación con el número de habitantes, como en esta ciudad. Y en cuanto a las barajas, anualmente se inaugura por esta época, en otoño, su funcionamiento, principalmente en los centros donde se reúnen elementos de mejor posición.

Pero respecto a la música, ya es otra cosa. Hasta hace algunos años también se inauguraba todos los inviernos una temporada de ópera en nuestro Teatro; las principales familias de la población abonaban los palcos y el resto del público acudía a las demás localidades. Esta constancia anual pudo justificar, a primera vista, la

fama de apasionados por la música que se atribuía a los mahoneses. Hasta hubo temporadas en que figuraban en la orquesta, por pura afición, personas principales, que sentían verdadero amor al divino arte. Mas, aparte de éstos y de unos cuantos entusiastas oyentes, creemos que la mayoría del público acudía al Teatro a oír la ópera por costumbre, por ser un lugar de reunión y por no existir entonces otro espectáculo en la Ciudad. Lo prueba el que, en cuanto se han introducido otros géneros de diversiones, han obtenido la predilección del público, y, en consecuencia, ya no es posible resucitar aquella periódica temporada anual de ópera.

Otras clases de espectáculos, más o menos cultos, se ofrecen ahora en el Teatro Principal; pero, exceptuando las cortas temporadas o los contados días en que funciona alguna notable compañía, ha perdido el teatro la brillantez de aquellas épocas y, en consecuencia, han de disminuir los rendimientos que producía a la Beneficencia Municipal.

No sabemos si de esto se preocupa alguien, aparte del Ayuntamiento, como Corporación que ha de administrar los establecimientos benéficos. Cada grupo de ciudadanos cuenta con un *cine*, inmediato al casino o sociedad de su preferencia, más o menos relacionado con él, y tiene interés en que prosperen uno y otro.

El Teatro, en cambio, carece de una agrupación que se afane por su sostenimiento. Los mismos ediles, que en corporación claman contra ese estado de cosas que perjudica a la beneficencia, aisladamente, como todos pertenecen a algún círculo político y todos los círculos políticos de esta ciudad tienen en su mismo edificio un cinematógrafo, no han de poder evitar su mayor interés por la prosperidad del de su respectiva agrupación.

Descontada la ópera, que ya no puede justificar aquí ninguna pasión por la música, y aparte las bandas militares, que no se deben a aficiones populares, sólo quedan como elementos musicales los que consigue reunir el Ateneo, con su Grupo Filarmónico y su Orfeón Mahonés, el Coro Eucarístico, la banda de la Casa de Misericordia y la Escuela Municipal. Hay también alguna que otra sociedad que da conciertos, sin constituir agrupaciones filarmónicas permanentes.

En el Ateneo se reúnen, en efecto, unas tres docenas de verdaderos aficionados a la música, que con sus sacrificios a duras penas consiguen sostener un quinteto, viendo defraudadas sus esperanzas de llegar a formar la orquesta completa. Ni la masa de la población, ni siquiera la mayoría de los socios del Ateneo demuestran suficiente afición a la buena música, para contribuir a aquellos sacrificios.

El Orfeón Mahonés está constituido por un grupo de aficionados al canto, verdaderos aficionados que, sin ningún fin lucrativo, se costean ellos mismos su profesor; vive gracias al apoyo del Ateneo y, al fin y al cabo, es un grupo poco numeroso para esta ciudad, que si fuera verdaderamente filarmónica, podría reunir una masa coral respetable.

La escasa afición a la música instrumental la ha demostrado repetidamente nuestro público dejando casi desierto el Teatro cuando en él se han presentado ejecutantes verdaderamente notables, como el afamado Cuarteto Español, el violoncellista Ricart y el pianista Torrandell. La concurrencia se componía casi exclusivamente de los aficionados al Grupo Filarmónico del Ateneo, es decir, de los pocos verdaderamente aficionados que aquí existen, entre los cuales hay una buena parte que ni siquiera son hijos de esta isla. También ha sido escasa la concurrencia en los contados conciertos que el Grupo Filarmónico del Ateneo ha hecho públicos.

No hace mucho tuvimos carta de un amigo nuestro, quien, después de residir en esta ciudad, tiene hoy destino en Huesca, población de menos vecindario que Mahón, diciéndonos que allí existe una sociedad filarmónica que cuenta con una orquesta completa, gracias a ser muchísimos los socios, y que ahora se proponía contratar el Cuarteto Español. Esto, en una población de corto número de habitantes, acredita verdadera afición a la música. También la demuestran algunas poblaciones de Cataluña, de Navarra, de las Vascongadas y de Galicia, con sus nutridas masas corales.

El Coro Eucarístico está formado por distinguidas y simpáticas señoras y señoritas, tan amantes del *bel canto* como poseídas de arraigado espíritu religioso; pero son pocas en número, muy pocas. El Ateneo intentó formar un coro femenino, y al efecto se dieron

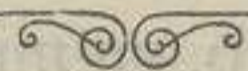


en una de sus aulas lecciones de solfeo durante una temporada; pero fracasó el intento por falta de afición.

Cuando se ha conseguido reunir todos estos modestos elementos, se ha dado algún concierto notable en el Teatro; pero lo difícil es lograr esa reunión. Aquí para cualquier cosa solemos ser pocos y mal avenidos. ¡Misericordias y pequeñeces de pueblo, que hacen fracasar cualquier noble intento!

No sólo nos falta espíritu de asociación o de colectividad, sino que hay marcada tendencia a desunirnos, a disgregar. Otro ejemplo palpable de esa mala cualidad, sea dicho entre paréntesis, es el propósito de dividir en dos el Museo hoy existente en el Ateneo, cuando reuniendo en un buen local todas las colecciones que hay en la Ciudad, podría presentar ésta un museo verdaderamente notable.

Dando mejor orientación a la Escuela Municipal de Música y relacionándola con la banda que forman los asilados de la Casa de Misericordia, podría obtenerse una buena base para nutrir el Orfeón Mahonés y para formar una orquesta. Todos estos elementos deberían constituir un conjunto armónico, bajo una dirección o inspección superior única y patrocinado el todo por el Ayuntamiento. Quizás así podríamos aún conseguir importantes manifestaciones musicales, si bien se opondrá siempre a ello la pasión *peliculera*, imposible ya de desarraigar.





IV

En los espectáculos públicos

En los espectáculos públicos puede uno fácilmente formarse idea de la cultura de un pueblo. Imaginémonos el salón de un teatro en el que sin carteles prohibitivos, ni excitaciones, ni amenazas de ninguna clase por parte de la autoridad, nadie fuma, ni enciende fósforos, ni escupe en el suelo; en el que los caballeros permanecen en la sala constantemente descubiertos, lo mismo en los entreactos que durante la representación; en el que las señoras están en las butacas, sin sombreros ni grandes tocados en la cabeza que oculten el escenario a quienes ocupan las filas posteriores; en el que todos atienden a la representación, sin molestar a los vecinos con sus conversaciones, impidiendo oír a los actores o tarareando o siguiendo el canto de estos o la música, o entrando ruidosamente durante el acto con taconeos en el pasillo o movimientos de sillas en los palcos; en el que en ninguna localidad ni en el paraiso se oyen manifestaciones incorrectas de desagrado ni palabras o gritos de entusiasmos exagerados. Seguramente la impresión que a un forastero

causaría un salón de espectáculos en que se cumplieran todas estas condiciones, sería la de que se halla entre un pueblo culto, amante de las leyes y de las reglas de buena educación, y en el que cada uno procura respetar el derecho de sus vecinos.

Porque el ciudadano que asiste a un espectáculo público tiene derecho a que no se le moleste, impidiéndole oír o ver a los actores, ni se atente a su salud llenando de humo de tabaco la atmósfera, ya muchas veces bastante cargada por la aglomeración de gente, o escupiendo en el suelo, y hasta a veces echándole encima o a su alrededor ceniza, cáscaras o papeles. La verdadera libertad consiste en respetar el derecho ajeno y no en dejar que cada uno haga lo que le dé la gana.

Da una triste idea de la cultura de un pueblo ver su teatro lleno de rótulos, recordando, en forma prohibitiva, y hasta a veces con amenazas, lo que, por propia educación, nadie debería hacer, sin necesidad de indicaciones que se lo recuerden. Pero peor es todavía que, además de prescindir de la urbanidad, no se haga caso de las disposiciones gubernativas; y mucho peor aún que, en desprestigio de su propia autoridad, quienes deben hacer cumplir sus mandatos, no lo hagan.

En esto, y en algún otro asunto de gravedad para la paz y economía de los hogares, parece cosa corriente, como si fuera muy natural, que todo el que le viene en gana falte a lo mandado y que lo presencien tranquilamente quienes tienen la obligación de evitarlo, dando lugar a veces a murmuraciones perjudiciales para su honra.

Un pueblo cuyos ciudadanos y cuyas autoridades no tienen verdadero afán en cumplir y hacer que se cumplan las leyes, no puede aspirar a un grado superior de cultura.

No creemos necesario demostrar lo antihigiénico y lo incorrecto del fumar en las salas de espectáculos. En una casa particular se evita fumar en presencia de las señoras, o se les pide permiso para hacerlo. Aquí hay quienes, faltando a la consideración que se les debe, fuman descaradamente en las salas de espectáculos, sin pedir permiso a nadie y contraviniendo a lo mandado.

Los mismos ciudadanos deberían tener interés en cumplir y ha-

cer que se cumplan las reglas de corrección y pedir a la autoridad que quitara los carteles recordatorios, cuya abundancia no honra a la Ciudad.

Hace algunos años en nuestro Teatro Principal había profusión de escupideras, para evitar que se escupiera en el suelo. Hoy no se ve ni una; urge reponerlas, en la forma que prescribe la higiene.

La costumbre de permanecer descubiertos en los entreactos, se observa hoy en muchos teatros de la Península, sin excitaciones de la autoridad. El que está descubierto durante la representación, puede seguir así en los intermedios; hay que hacerse cargo de que se está en un salón cerrado y delante de señoras. En nuestro Teatro, al bajar el telón es precisamente cuando se está más abrigado y no hay entonces necesidad de cubrirse.

Peor que cuanto hemos dicho es la pésima costumbre, aquí muy generalizada, de llevar niños pequeños, hasta niños de pecho muchas veces, a toda clase de espectáculos, incluso a bailes que terminan a altas horas de la madrugada y en los que se respira una atmósfera tan densa, que resulta un verdadero veneno para los tiernos pulmones de las pobres criaturas, víctimas de esta incomprendible costumbre. Si hay madres tan despreocupadas o ignorantes que, por la salud de sus hijitos, no quieren o no saben sacrificar sus deseos de divertirse en teatros y bailes, la Junta de Protección a la Infancia, que aquí no da señales de existencia, debe velar por esos infantes, exigiendo de autoridades y de empresas de espectáculos que prohiban la entrada en ellos a los niños hasta cierta edad.

Precisamente estos días hemos visto en la prensa que así lo han acordado las empresas teatrales de Valencia para los menores de cinco años; y que la Junta de Protección a la Infancia va a pedir al Gobierno que extienda análoga prohibición para los cinematógrafos.

No hemos de analizar los inconvenientes que éstos ofrecen para los niños; los ha expuesto repetidamente la prensa, revistas profesionales, periódicos religiosos y diarios políticos de todos colores.

La asistencia de niños a los espectáculos públicos, además de perjudicar su salud, ocasiona molestias a los espectadores. ¡Cuántas veces interrumpen la audición los llantos de esas infelices cria-

turas, sujetas al tormento de no poder estar acostadas en sus camas hasta altas horas de la noche!

Recientemente el público de esta ciudad presenció el hecho de que en un cinematógrafo tuvieron que levantarse de sus asientos unas señoras, porque caía sobre ellas una inesperada lluvia, a que dió origen la necesidad en que se halló una criaturita que, en brazos de su madre, estaba asomada a la galería alta.

Si a un ciudadano se le amenaza con medio duro de multa por análoga operación en cualquier callejuela oscura y desierta, ¿cual debería imponerse a los responsables de las molestias que sufrieron aquellas damas?

Es preciso que las propias empresas de espectáculos, imitando la conducta de los teatros de Valencia, prohíban la entrada a los menores de cinco años; y si no lo hacen, que lo exija la Junta de Protección a la Infancia, que con ello no hará más que cumplir con su deber.

La exquisita corrección es prueba de cultura y sin ésta, repetimos, no progresan los pueblos.





V

Arquitectura. Obras públicas. Higiene

Una moderna disposición de nuestro Ayuntamiento ha instituído un premio anual para la mejor fachada que se edifique o reforme en casas de la ciudad. Ha sido una feliz iniciativa, que puede contribuir a que se vaya modificando la antiestética monotomía arquitectónica de nuestras calles y plazas.

En cambio, es una verdadera lástima que no se encauce y regularice el ensanche de la población, que tan sólo se va extendiendo longitudinalmente por la carretera de San Luis, haciendo perder a ésta su carácter de paseo semicampestre, alegre y despejado, para convertirla en una calle más, larga y comprimida entre edificaciones mezquinas y de mal gusto casi todas.

Tan sólo dos de ellas se libran, muy justificadamente, de estos calificativos: el Cuartel de Santiago, uno de los mejores edificios de la Ciudad, y la Villa Luisa, propiedad de don P. G. Moncada. Esta, además, está bien emplazada respecto a la carretera, de la que la separa un buen espacio de jardín. No sucede así con el cuartel ci-

tado, cuya fachada principal se levanta inmediata a la cuneta, haciéndola desmerecer la estrechez de la vía resultante entre ella y los pobres edificios de enfrente, que, si bien son bajos, remata uno de ellos en una torre que, desde lejos, se proyecta sobre el cuartel para mayor desdicha.

El Ayuntamiento debería exigir que todos los edificios que se construyan a lo largo de las carreteras estuvieran rodeados de jardín, al menos en sus fachadas principal y laterales, dejando un espacio conveniente entre aquella y las verjas lindantes con la carretera, y una amplia acera entre dichas verjas y las cunetas. En la de San Luis ni siquiera hay alineación en las casas, que tienen diferente anchura de acera o carecen de ella.

Hay que preocuparse del ensanche de la Ciudad, indispensable a medida que aumenta la población. El no haber atendido a esta necesidad ha sido causa de que se vayan subdividiendo muchas casas, que se distinguen por tener en su angosta fachada dos o más puertecitas estrechas, tocándose materialmente unas a otras; en ellas se van acumulando varias familias, no siempre en buenas condiciones. Con este sistema se pierde una de las principales ventajas que tenía la población y que más contribuía a su salubridad: el que cada familia tuviese su casa independiente, con su cisterna propia.

No resuelven la cuestión las casitas que se van edificando en la carretera de San Luis, más para esparcimiento o pasajero recreo de los habitantes de la Ciudad que para habitación permanente.

A aquella misma finalidad parecen destinadas las llamadas *casas baratas* que, por su situación, no llegarán a constituir un barrio obrero, como debieran.

Precisamente ofrece Mahón una circunstancia favorabilísima, que difícilmente se encontraría en otras ciudades, para extenderse en buenas condiciones: la existencia en su centro de las huertas del Freginal y Barbaroja, permite un ensanche interior, que al propio tiempo mejoraría las condiciones higiénicas de la Ciudad, haciendo desaparecer los focos de infección que necesariamente han de contener aquellas huertas. Las dificultades técnicas que su urbanización pudiera ofrecer no son insuperables, ni siquiera de importan-

cia, y hasta quizá el desnivel de las huertas con respecto a las calles inmediatas podría facilitar las edificaciones, según opinión de personas peritas. Las mayores dificultades son de orden económico.

Hubiera contribuído a este ideal, que hace más de cien años ha venido ilusionando a algunos ciudadanos, la aprobación del proyecto que se acarició de levantar en las citadas huertas la nueva casa de Correos; pero fracasó ese proyecto, sea por falta de arrestos en el Ayuntamiento, sea por lo que fuere. Con la construcción, ya aprobada, del edificio en la calle de Buenaire, mejorará la instalación de los servicios de Correos y Telégrafos, en beneficio de sus empleados y del público, y la Ciudad contará con una casa moderna, probablemente más suntuosa y artística que la mayoría de las existentes; pero esto es independiente del sitio y no produce otra mejora, mientras que aquel proyecto hubiera dado lugar a la importantísima que supone la urbanización de las huertas interiores.

Siendo ya irremediable lo de la casa de Correos, no hay que desistir por esto de aquel proyecto de urbanización. Quizá con menos apremios, se puede realizar más fácilmente. Si no está el Municipio en condiciones de expropiar a la vez las huertas y las dos o tres casas necesarias para abrir comunicación con las calles inmediatas, podría ir adquiriéndolas sucesivamente en el transcurso de los años, teniendo en cuenta que parte, por lo menos, del capital que en ello se emplease, se iría recuperando con la venta de solares; y que, de todos modos, los intereses y la amortización de aquel capital, podrían acabarse de satisfacer por las generaciones venideras, que habrían de beneficiarse con la mejora.

Por razones análogas a las expuestas se debe procurar ir urbanizando las huertas comprendidas entre las calles de Pi y Margall e Infanta, empezando por prolongar la de San Fernando hasta la de San Manuel, con lo que, además, se disminuiría el tránsito rodado por la de Pi y Margall.

No se trata de hacer las cosas de repente, sino tan despacio como sea necesario. A un paisano nuestro que sembraba cierta clase de árboles, le observó un amigo que no los vería crecidos, a lo que aquel contestó: «Yo no los siembro para mí, sino para que los vean mis nietos». No porque no podamos ver nosotros termi-

nadas ciertas mejoras, hemos de dejar de iniciarlas; hay que trabajar para nuestros descendientes.

Con la urbanización de las huertas primeramente citadas se podría disponer de un solar bien situado para Instituto, Biblioteca y Escuela de Artes y Oficios. También podría edificarse allí el Mercado, que tanta falta hace, en buenas condiciones higiénicas y de emplazamiento. Una vez conseguido esto, podría habilitarse la plaza del Claustro para paseo en días lluviosos, poniendo las galerías en su primitivo estado, sembrando jardines en el centro y dejando únicamente en lo edificado el Palacio de Justicia, la Cárcel y quizá algunas dependencias municipales.

Otra mejora urbana de gran importancia, cuya tramitación se ha iniciado ya, es la construcción de una vía de enlace entre el puerto y el centro de la Ciudad.

La parte más fea y más antihigiénica de ésta, y que precisamente es la que primero suelen ver los que llegan a Mahón, desaparecerá con esa obra, reemplazándola con una avenida para carruajes, que podrá hermosearse con jardincillos entre ella y los escarpados que limitan el barranco. En su realización no ha de ser difícil que se interese y tome parte el Estado, si el Ayuntamiento se encarga de la expropiación de las fincas necesarias. No son éstas de gran valor; y con algún sacrificio por parte de los propietarios (en lugar de procurar lucrarse, como suele ocurrir en esos casos) y la contratación de un empréstito amortizable a largo plazo que hiciera el Ayuntamiento, esta importante mejora podría verse realizada un día u otro.

Ya que no parece prácticamente posible que pueda dotarse a Mahón de una red completa de alcantarillado, que tendría que desaguar en el puerto, debería reglamentarse la distancia entre las cisternas y los retretes, y exigir que éstos, como aquellas, tuvieran un revestimiento impermeable, en lugar de construir pozos negros con filtraciones por todos lados. Los aparatos que existen hoy para vaciarlos en buenas condiciones, justifican aquella exigencia, impuesta por la higiene.

Otra medida higiénica es indispensable adoptar en esta ciudad, conforme exige la ley: la construcción de un nuevo cementerio a

conveniente distancia de poblado, en lugar de ensanchar el actual, en el que no se deberían permitir más enterramientos que en los panteones particulares en que haya espacio para ello.

De estos asuntos se ocupó ya el distinguido médico don Lorenzo Pons Marqués en su *Geografía Médica de Mahón y su término*, laureada por la Real Academia de Medicina de Madrid; pero a pesar de la competencia del autor y de la importancia que da a la obra el premio de la ilustre corporación citada, no se ha hecho aquí ningún caso de ella, como si los asuntos de que trata entraran también en la categoría de las cosas que se califican de *música celestial*.

De instituciones higiénicas sólo cuenta Menorca con «La Gota de Leche de Mahón», que en esta ciudad ha producido beneficiosos resultados. Por cierto que su sostenimiento se debe más al apoyo de las clases humildes que a las pudientes, generalmente poco afectas a cualquier institución moderna, por útil que sea.

Siendo la enfermedad que más estragos causa en la Isla la tuberculosis, contra ella deberían tomarse medidas preventivas generales, que podría dictar y hacer que se llevasen a la práctica, con el apoyo de las autoridades, una Liga antituberculosa, como las que existen en otras partes y que aquí se creó y desapareció a poco de nacida, por falta de ambiente y de recursos. Su necesidad es de capital importancia; por deber de humanidad deberíamos todos tomar con el mayor interés este asunto. Podría reemplazar a la Liga la *Comisión de Higiene Social* que el Ateneo creó y que tampoco ha podido sostenerse; sería quizás más fácil resucitar ésta que aquélla, con un poco de buena voluntad, especialmente en la clase médica y con el apoyo del Municipio, que con esto haría una verdadera obra de misericordia.

Como propaganda higiénica, el Ateneo, corresponsal de la *Sociedad Española de Higiene*, distribuye anualmente cierto número de folletos conteniendo las obras premiadas por dicha Sociedad con el *Legado Roel*.





VI

La Agricultura

El primero de los problemas vinculados con el desarrollo y la vida del país es el progreso de la Agricultura. De ella viven en Menorca una buena parte de sus habitantes. Pero, a pesar de esto, no se consigue aquí hacer prosperar esta importantísima rama de la producción; y permaneciendo estacionaria, nos vamos quedando retrasados respecto al particular, a medida que otras regiones, algunas bien próximas, mejoran sus procedimientos y adelantan visiblemente. Tan sólo la ganadería dió un gran paso con la propagación de la zulla hace medio siglo; pero también ha quedado después estacionaria. Comparando una con otra las dos exposiciones de ganado que ha organizado la Cámara Agrícola con un intervalo de once años, no se ha notado el menor perfeccionamiento en las producciones en ese espacio de tiempo, suficiente para ello.

Este estancamiento en que permanece la agricultura menorquina, a pesar de algunos esfuerzos aislados para mejorarla, se debe principalmente a que las clases agrícolas, sobre todo los pro-

pietarios, se resisten a la asociación. En muchos países de Europa, y en especial en Suiza y en Alemania, y también hoy día en algunas regiones de España, se han vencido dificultades que parecían insuperables y se han realizado progresos asombrosos merced, no a la protección del Estado, sino valiéndose de la gran palanca de los pueblos modernos, de esa fuerza inconmensurable que a todo llega, que todo lo alcanza, fuerza propia de los pueblos cultos, que se llama *cooperación*. Podríamos citar muchos ejemplos de sindicatos agrícolas formados por todos los propietarios de un pueblo que han conseguido redimir a los pequeños agricultores de la usura, adquirir máquinas costosas, crear y sostener campos de experimentación, comprar en buenas condiciones, pagar análisis, asegurar las cosechas, el ganado, etc. La unión, la solidaridad realiza maravillas en todos los pueblos adelantados. También aquí con la asociación verdad haríamos progresar la Agricultura, en beneficio de todos, pues no había de ser Menorca una excepción; los mismos provechosos resultados que el procedimiento da en todas partes, obtendríamos nosotros, si todos quisiéramos; pero falta la voluntad.

No es expresión de esa voluntad, ni constituye la asociación a que nos referimos, el hecho de fundar o sostener una sociedad agrícola una docena de propietarios, o cuatro o cinco docenas, que jamás se reúnen para tratar del mejoramiento de nuestros cultivos o de nuestra ganadería, ni siquiera expresan ostensiblemente cuales son sus ideales. Se trata de la asociación verdad, que definió en los siguientes términos el congresista catalán don Juan Poblet... «La que tiene su gestación laboriosa y dolorosa en el apartado de los convencidos, en la propaganda individual, siempre la de mayor eficacia; la que empieza porque la minoría selecta que bebe los vientos del porvenir y con ellos ensancha sus pulmones endurecidos en la rutina, hable de ella con fervor, oportuna e inoportunamente, a cuantos estime convencibles, y recoja sus objeciones y las destruya o las utilice para modificar los planes preconcebidos; que, cuando haya juntado cabe su bandera el número (que es lo menos importante) y la calidad (que es lo más trascendente) necesarios, la alce con decisión, desdeñando críticas y malquerencias; y lance ese nuevo ser al mundo, no con la inconciencia del desinteresado, sino con

el cariño de la hembra parida, con la decisión inquebrantable de que, a costa de todo y a pesar de todos, ha de crecer y fortalecerse.»

Yo no sé si también se calificarán de *música celestial* estas frases entusiastas y patrióticas, porque a engrandecer a la Patria chica y a la Patria grande tienden los procedimientos que ellas preconizan, a la vez que a beneficiar particularmente a los productores. Beneficios concretos que obtendrían éstos, asociados de verdad, podrían precisarse muchos. En mi aludida conferencia del Ateneo traté de la exportación de nuestros quesos a América (donde faltan hoy los quesos extranjeros), en mejores condiciones que lo efectúa ya Burgos con los suyos, con la seguridad de obtener pingües beneficios; de la probable adquisición, en buenas condiciones, del nitrato de sosa de Chile, de que tan necesitados están nuestros campos, si se procurase establecer aquí una delegación de la *Compañía Salitrera Española* de Cádiz; de la creación de la Estación pecuaria, en que extensamente se ocupó el último Congreso Agrícola.

No le costaría gran trabajo a la Junta Directiva de la Cámara Agrícola continuar las gestiones iniciadas en pro del establecimiento de dicha Estación, tan indicada en Menorca. Más fácil le sería aún ponerse en relación con la Compañía Salitrera de Cádiz, para tratar del establecimiento de una delegación en esta isla, que para esto ha enviado prospectos. De acuerdo con nuestra Cámara de Comercio y con las Cámaras españolas de América, podría estudiarse la exportación de quesos a aquel continente. Pero una vez realizados cualesquiera de estos estudios ¿responderían los propietarios agrícolas menorquines? Creemos que no, sino cambian por completo de modo de ser y de pensar, si no se deciden seriamente a la cooperación, si no están dispuestos a hacer los necesarios sacrificios iniciales, en *dinero* y en *trabajo*.

Ya lo dijimos al tratar de la Estación pecuaria, de acuerdo con lo expuesto por el señor Poblet, que en su breve estancia en esta isla se hizo perfecto cargo de las condiciones de nuestra clase propietaria: no ha llegado la hora de pedirla. No ha llegado la hora porque los propietarios no la desean verdaderamente, porque no están dispuestos a hacer el menor sacrificio para obtenerla, a pesar de los ejemplos que cité, de lo satisfechos que están en Felanitx y

en Reus de haber hecho análogos sacrificios para conseguir sus estaciones enológicas, hoy tan prósperas y que tan beneficiosos resultados les producen.

Dice el señor Poblet: «Cuando en el espíritu de la buena gente de esas tierras se haya insuflado el deseo mordaz del progreso y la predisposición a todo sacrificio para obtenerlo, la Estación pecuaria vendrá como consecuencia natural; caerá como fruto sazonado entre la multitud hambrienta de sus enseñanzas.....»

«¿Y qué creará esa obsesión, esa inquietud, ese anhelo redentor?»

«Ya lo hemos dicho: la asociación y sólo ella.»

Por todo lo expuesto, consideramos inútil que la Cámara Agrícola se ocupara ahora de alguno de los asuntos indicados o de cualquier otro que tienda a mejorar nuestra Agricultura. Mientras no se consiga la *asociación verdad* a que hemos aludido, mientras falte en la clase propietaria el espíritu colectivo, no prosperará aquella.

Para iniciar esa *asociación verdad*, podría la Cámara gestionar de los propietarios individualmente, es decir, uno a uno, el compromiso de que un día a la semana siquiera, dejando durante un par de horas sus habituales entretenimientos de juegos, tertulias, caza, política, paseo, etc., se reunieran para tratar exclusivamente de Agricultura; porque mal puede fomentarse una manifestación cualquier de la inteligencia o de la actividad humana, si los interesados no se reúnen, ni se ponen de acuerdo, ni hablan de ella, ni manifiestan ningún ideal.

En esas reuniones quizá se despertara el *anhelo redentor* de que habla el señor Poblet. Para lograrlas, es preciso que los asociados encuentren desde un principio en ellas algún aliciente y alguna comodidad. No se trata de que instalen un nuevo casino, que ya hay más que suficientes en la Ciudad; nada de mesas de juego, ni de bebidas; una sola mesa con revistas agrícolas, una silla para cada socio y un despacho para las oficinas; nada más.

La asociación más indicada para esto es, como hemos dicho, la Cámara Agrícola, por su carácter de corporación oficial, por tener jurisdicción sobre toda la Isla, por el apartamiento de la política y

de locales políticos y de recreo en que ha vivido siempre y por ser una de las que, aunque poco, muy poco, ha hecho y hace algo por la Agricultura o se ocupa de ella. De las demás que llevan nombres agrícolas, vale más no hablar.

Triste, muy triste, es tener que decir ahora como se halla instalada nuestra Cámara Agrícola, sobre todo para los que la hemos creado, la hemos sostenido largos años, la hemos dedicado muchos desvelos y trabajos, con las más rectas intenciones, sin prejuicios de ninguna clase, constituyendo el objeto de nuestras predilecciones, de nuestros amores; pero hay que hablar claro, aunque no descubramos con ello ningún secreto; los males se deben exponer a la luz, para buscarles remedio, para que a los interesados llegue a darles vergüenza y se apresuren a buscar soluciones mejores.

Después de once años de existencia nuestra Cámara se ve precisada a reducirse a una modestísima habitación de una casa particular, pero de una casa pobre, sin ninguna comodidad, fría en invierno, sin calefacción, sin una estera, ni servidumbre de ninguna clase, sin empleados, ni un mísero escribiente en su oficina, sin suscripciones ni a revistas agrícolas ni a los indispensables periódicos oficiales, que cuando se necesitan se han de ir a consultar unas y otros en el Ateneo o en la Cámara de Comercio; local en el que no cabrían siquiera los socios de Mahón, ni tiene asientos para la mitad de ellos, a pesar de que no llegan a cincuenta los asociados de toda la Isla.

Verdad es que cuando se les convoca, no suelen acudir, como ha ocurrido recientemente en una Asamblea general, en la que sólo se presentaron cuatro o cinco vocales de la Junta Directiva, ni un solo socio más. La mayoría de ellos no conocen siquiera el local de la Cámara; tal vez si lo conocieran, algunos se avergonzarían.

¿Porqué ocurre eso? Quizá por lo que el señor Poblet llama *mísera politiquilla*; pero que yo creo que no debemos llamar siquiera ni política ni politiquilla, sino simplemente *divisiones y mezquindades pueblerinas*.

En el próximo artículo hemos de tratar de la Cámara de Comercio y podremos comparar su funcionamiento e [instalación con los de la Cámara Agrícola.

Recientemente, y con la venia del Presidente, he tratado con algunos propietarios de Ciudadela de organizar allí una Junta local de la Cámara Agrícola, conforme autorizan sus Estatutos. No sé si se conseguirá; ignoro si aquellos propietarios serán menos refractarios que los mahoneses a la asociación; si así fuera, podría venir de allí el impulso. Dios lo quiera.

Pero en las condiciones actuales ¿puede prosperar nuestra Agricultura? Creemos que no. Si no se despierta el verdadero espíritu de colectividad, son inútiles todas las sociedades agrícolas aquí existentes; estaríamos lo mismo sin ellas; no son más que ficciones; sólo sirven algunas para tener un voto en la Junta provincial del Censo electoral, falseando el espíritu de la Ley.





VII

Industria y Comercio

En nuestra conferencia del Ateneo demostramos el atraso en que se halla España respecto a la mayoría de las demás naciones de Europa. Posteriormente lo hemos visto también comprobado en un discurso del señor Cambó, en el que se especifica, en los términos que siguen, el retroceso que hemos sufrido, a medida que otros pueblos han ido avanzando.

Hace cuarenta años España en el comercio exterior, expresión suprema de la superioridad material de un pueblo, ocupaba entre todos los Estados del mundo el noveno lugar. En el año 1914, antes de la catástrofe mundial, ocupaba el décimosexto.

En el año 1876, en extensión de red ferroviaria ocupaba el octavo lugar entre todos los Estados del globo. Cuarenta años después ocupa el décimoquinto.

En marina mercante ocupaba hace cuarenta años el séptimo lugar. Hoy ocupa el décimotercero.

Y así podrían citarse estadísticas en todas las manifestaciones

de la cultura, de la riqueza, del engrandecimiento de un pueblo, que demuestran que nos hemos quedado rezagados en la marcha progresiva del mundo.

Citamos en aquella conferencia al Japón, entre las naciones que van a vanguardia de esa marcha progresiva. Ya en otra conferencia que dimos el curso anterior tratando de la guerra actual en el Imperio del Sol Naciente, demostramos de que manera tan extraordinaria ha sabido aprovecharse de las circunstancias, política, diplomática y militarmente. No podemos resistir hoy a la tentación de presentar nuevos datos, que acabamos de adquirir, respecto a su situación económica e industrial, que ha llegado a una fase de prosperidad sin precedentes.

Constituye de ello un elocuente testimonio el último presupuesto japonés. Decece en él la deuda pública, y el rendimiento de los impuestos ha aumentado considerablemente en estos últimos años. La existencia de oro casi se ha quintuplicado durante la guerra.

El desenvolvimiento de la industria japonesa es uno de los aspectos más salientes de la economía de esta guerra. La comparación entre las exportaciones del Japón de 1913 y 1916 acusa un aumento de 64 millones de libras a 114, es decir, el 77 por ciento. Los seis primeros meses del corriente año dan un total de 71 millones de libras, de lo cual se puede deducir que para el año entero ascenderá a 140 millones el total.

La industria siderúrgica, que carecía de importancia antes de la guerra, autoriza los mejores pronósticos. El Japón, produciendo apenas la mitad de su consumo de hierro fundido, ve constituirse actualmente numerosas sociedades para remediar esta deficiencia, y seis de entre ellas tienen un capital de seis millones de libras esterlinas cada una (30 millones de pesetas).

Los astilleros nipones han botado en septiembre último 9 barcos, desplazando 26.115 toneladas, lo que constituye un caso no superado en ningún país. Estos barcos formarán parte de un programa que comprende la construcción de naves de un total de 300.000 toneladas hasta el 30 de abril de 1918. Hasta ahora han sido botados 35 barcos, desplazando 154.000 toneladas.

¡Qué tristes consideraciones sugiere la comparación del atraso

en que nos hemos ido quedando, con el portentoso adelanto de una nación asiática!

Nuestra Patria no ha sabido aprovecharse de las favorabilísimas circunstancias en que la ha colocado la guerra actual. Las riquezas acumuladas en el Banco de España y los espléndidos dividendos obtenidos por algunas empresas mercantiles, son pan para hoy y hambre para mañana. Al terminarse la guerra acabarán estos negocios; las naciones que ahora nos necesitan ya no acudirán a nosotros, porque se protegerán mutuamente las que hoy están unidas por alianzas de sangre. Ya demostramos en nuestra tan repetida conferencia la necesidad de asegurarnos mercados en América, donde veinte naciones de nuestra raza nos están llamando, nos esperan con los brazos abiertos y nosotros no acudimos, no les llevamos nuestros productos nacionales, sino en pequeñísimas proporciones; productos de que hoy carecen y de que antes les proveían las naciones que están en guerra.

Expusimos además nuestro temor de que en esto se nos adelantara también el Japón, que trataba de organizar compañías marítimas entre el Imperio y las repúblicas occidentales de la América Meridional, para sustituir el activo comercio que con ellas sostenía Alemania.

Tan fundado era ese temor, que un mes después de aquella conferencia leímos en una correspondencia de Chile que el Japón invade con fuerza irresistible aquellos mercados abiertos, proveyendo a sus necesidades. Se reciben allí sus tejidos, semejantes a los que importaba de Inglaterra, de Alemania, de Francia o de Italia. Las casas importadoras de Chile hacen grandes compras a los agentes de las fábricas niponas, y llegan allí los productos (porcelanas, muebles, etc.) con regularidad, muy bien presentados, de factura irreprochable y a precios que son una «revelación».

Los navíos que enarbolan el estandarte del Sol Naciente regresan a los puertos del Mikado llevando salitre de Chile para nitrificar las plantas japonesas, estableciéndose de ese modo un suave equilibrio económico.

Es decir, lo que desde el año 1914 estábamos pidiendo que hiciera España, por su propia conveniencia y para satisfacer los de-

seos de las repúblicas hispano-americanas, lo está efectuando el Japón. Si no acudimos pronto, después de la guerra se disputarán el predominio económico de aquellas repúblicas el Japón y los Estados Unidos.

A Menorca, como a toda España, le conviene extender y asegurar sus mercados americanos, que han de ser los más firmes después del conflicto actual. Nuestras principales industrias de exportación, la de calzado y la de monederos de plata, están acreditadas en aquel continente. En esto hemos progresado más que en la agricultura; pero falta también el espíritu de colectividad, para que aquellas industrias enriquezcan realmente a todos los que a ellas se dedican, produciendo un aumento de bienestar en la Isla. Se han hecho con ellas algunas fortunas; pero la falta de solidaridad entre los fabricantes de un mismo producto, la competencia que entre ellos se entabla a veces, es ruinoso para el país, que no saca el provecho que debería de unas producciones extendidas en toda la Isla y acreditadas fuera de ella.

Es preciso que el beneficio que saca Menorca de aquellas industrias se acreciente y se extienda entre todos los que a ellas dedican su capital y su trabajo; y esto sólo puede conseguirlo la cooperación.

La Cámara de Comercio ha de procurar unir y agremiar a los fabricantes, formar *trusts*, hacer que cada agrupación envíe comisionistas a las repúblicas americanas, ponerlas en relación con nuestros cónsules y con las Cámaras Españolas de Comercio en América.

Recordaremos lo que acaban de hacer los fabricantes de papel de Tolosa, que se han unido todos y han enviado un representante a la América Central en busca de mercados para su industria.

No necesita nuestra Cámara de Comercio que se le den normas de conducta, porque hace cuanto puede; pero los industriales se han de prestar a la cooperación y se han de dejar guiar por aquella en los asuntos de interés común a todos.

Aparte de las dos industrias citadas, debe estudiarse la conveniencia de exportar uniformes confeccionados para las tropas de algunas repúblicas americanas, ya que sabemos que la de Chile ha

tenido que acudir al Japón para vestir a sus soldados. Es una industria que quizá convendría extender en esta isla. Lo mismo podemos decir de los bordados para oficiales.

De acuerdo las Cámaras de Comercio y Agrícola deben tratar del envío de nuestros quesos al Nuevo Continente, conforme indicamos en el artículo anterior.

Y una industria local que produciría grandes y seguros beneficios si la resucitáramos, ya que en otros tiempos tuvo aquí vida esplendorosa, es la de construcciones navales, que hoy resurge en Mallorca y en Ibiza. Falta para ello el aportamiento de capital, que debe buscarse también por la asociación.

Hemos dicho que la Cámara de Comercio hace lo que puede. Son bastantes los comerciantes e industriales que voluntariamente siguen abonando la misma cuota mensual que satisfacían antes de que la Ley les exigiese un tanto por ciento sobre la contribución, para el sostenimiento de la Cámara. Tiene ésta señaladas sus horas de oficina diarias, durante las cuales puede acudir cualquier contribuyente por industrial en demanda de las noticias, certificados o datos que necesite o a exponer las quejas o peticiones que le interesen. En dichas horas encontrarán generalmente al Presidente o algún individuo de la Cámara, además de los empleados retribuidos, que muchas veces vemos trabajar en horas extraordinarias, lo que demuestra la intensa labor de aquellas oficinas. Próximamente reanudará la publicación de su Boletín Oficial.

Aunque instalada con modestia, no carece de las indispensables comodidades y tiene todo lo necesario: un salón de lectura con numerosas revistas mercantiles, la «Gaceta de Madrid», Boletines Oficiales de la Provincia y de las demás Cámaras, empleados subalternos, máquina de escribir, etc. Por su comunicación con el Ateneo dispone además de una buena Biblioteca para consultas y de un salón para reuniones numerosas y conferencias. Puede también aprovechar las clases de idiomas que se dan en dicho Ateneo.

En su local ha podido recibir dignamente a varios personajes, para exponerles las necesidades de la industria y del comercio de Menorca.

Muchas de estas ventajas son consecuencia de la federación.

Pueden estar satisfechos los fundadores y sostenedores de nuestra Cámara de Comercio que, velando siempre por los intereses de los industriales y comerciantes, les proporciona indudables utilidades, ya que sin ella tendrían que acudir en multitud de casos y para muchos asuntos, con las consiguientes dilaciones y gastos, a la de Mallorca, que tendría entonces jurisdicción en esta Isla.





VIII

Repetidamente se desprenden de los artículos anteriores las ventajas de la cooperación, la necesidad de fomentar el espíritu de colectividad entre los individuos y entre las diferentes clases sociales, así como el de federación entre las entidades que tienen por fin el progreso en todas sus manifestaciones.

En España, por regla general, ha dominado hasta ahora el individualismo, que fácilmente se convierte en egoísmo. Si en algunas regiones se ha despertado con intensidad el espíritu de asociación, como en Cataluña, en pocos años se ha hecho visible su progreso.

Hoy se inician ansias de renovación en todas partes. A cualquier lado a que dirijamos nuestra vista, observaremos repetidas manifestaciones de este afán.

Robustecen nuestra opinión los siguientes párrafos del discurso pronunciado recientemente por el señor La Cierva en el *Centro del Ejército y la Armada* de Madrid:

«La unión de muchas voluntades, señores, es signo de los tiempos; signo de los tiempos, porque todo invita, todo convida, todo exige la unión; lo mismo las fuerzas morales que las fuerzas materiales, van buscando en la asociación la suma indispensable para realizar grandes fines, cada día más grandes».

«Para quien no quiera explicarse determinados fenómenos so-

ciales y políticos, estos ejemplos tal vez los traigan a la realidad. Veis en los momentos actuales de lucha terrible, que parece que pone en peligro la civilización entera, como se juntan, como se suman, como se asocian para vivir y para morir, para defender la Patria y para extinguirse por ella. Veis en las épocas de paz como se juntan los obreros para ser más fuertes, el capital para tener más energía, para trabajar y preparar la unión de los hombres.»

«Todavía en el mundo espiritual se advierte el mismo fenómeno, y aquel ermitaño que elevaba sus plegarias al cielo en una escondida montaña, ha sido substituído en los tiempos modernos por las comunidades que enseñan, que trabajan, que cuidan del débil y le asisten.»

«De modo, señores, que para prosperar en lo material, para trabajar, para obtener riqueza, para engrandecer a los pueblos, es necesario la unión y la asociación; para defender la Patria, hasta para morir por ella, es necesario estar unidos, de la mano, los hombres juntos todos; hasta para rezar y para hacer el bien es necesaria la asociación.»

«Esta corriente impetuosa de los tiempos nuevos significa que no estamos en período de disgregación, de separación; por lo contrario, estamos en los tiempos de fusión y de unión, y a ello responde todo lo que vemos, todo lo que contemplamos y todo lo que sucede.»

Es preciso que en esta isla se despierten también las ansias de renovación; que tengamos verdadero afán de prosperar, prestándonos todos a la indispensable unión; que nos decidamos a cambiar nuestros rutinarios procedimientos en todo, en la política, en la enseñanza, en la agricultura, en los negocios, cuidando de no caer en la exageración de radicalismos perturbadores.

Menorca prosperará, si lo quieren los menorquines, *todos* [unidos], como ha prosperado Cataluña, por la voluntad de los catalanes, unidos como un solo hombre para la consecución de sus ideales.

Pero hasta hoy carecen las diferentes clases sociales en Menorca de la tan recomendada cualidad, o la tienen poco desarrollada, en general. Los que ejercen profesiones liberales demuestran algún

espíritu colectivo, especialmente los militares, que lo tienen bien acreditado. También han dado muchas veces pruebas de él los obreros de la industria, constituyendo gremios o sociedades. En mucha menor escala figuran los obreros del campo, como también los comerciantes e industriales. Y en último lugar, en relación con la repetida cualidad, se hallan los propietarios.

Consecuencia de ésto es que los intelectuales han podido fundar y sostener en Mahón un Ateneo, generalmente alabado por los extraños y que en algunas partes nos envidian, como acabamos de leer en una revista mallorquina, que, además, lo cita como modelo de Ateneos. Otra consecuencia es el sostenimiento sin interrupción, durante once años, de una Revista propia, de carácter local.

Al Ateneo deben los agricultores y los comerciantes e industriales la fundación de sus respectivas Cámaras; es decir, que después de crear un centro de Ciencias y Artes, tuvieron aún impulso sus iniciadores para dar origen a instituciones de Agricultura e Industria.

La distinta manera de ser y de pensar de unas y otras clases explica las diferencias que hemos notado en la instalación y funcionamiento de una y otra Cámara. Consecuencia de ello es también que la de Comercio se disponga a reanudar la publicación de su Boletín propio, y que no sea posible que lo tenga la Cámara Agrícola.

A la misma causa obedece que en la industria y en el comercio se hagan y se acrecienten algunas fortunas, aunque pocas, y que no ocurra lo propio en la clase de propietarios, como no sea por acumulación de herencias; más frecuente es en ella el desmoronamiento de antiguas haciendas.

Podría creerse que la diferencia entre las dos Cámaras obedece a que la de Comercio cuenta con las cuotas que vienen obligados por la Ley a satisfacer los contribuyentes por industrial; pero éstas suman una cantidad de poca consideración y ya dijimos que, además de dicho impuesto, muchos abonan voluntariamente una cuota mensual igual a la que satisfacen los socios de la Cámara Agrícola. Esta voluntad de sostener en debidas condiciones a su Cámara, podrían manifestarla los propietarios agrícolas, a la inversa de como hacen los industriales, es decir, imponiéndose voluntariamente una

cuota proporcional a la contribución por riqueza rústica que cada uno satisface, además de la que ahora abonan mensualmente, o bien aumentando esta cuota, si aquel procedimiento no parece práctico. Ya suponemos que muchos no se avendrían a gastar más de una peseta mensual para sostener una Cámara por la que demuestran tan poco interés, como hicimos ver en uno de los artículos anteriores. Pero sería bien triste que propietarios que generalmente gastan mucho más en casinos y diversiones, sólo quisieran destinar doce pesetas al año para la defensa y fomento de sus intereses agrícolas.

Nosotros creemos que la suma de las riquezas de todos los propietarios agrícolas de Menorca es muchísimo mayor que el conjunto de las de los industriales y comerciantes; por lo tanto, si aquellos no tienen su Cámara mejor que éstos, y funcionando más activamente que la de éstos, es porque no quieren. Bastaría la voluntad, prescindiendo de lo que dispongan los Gobiernos.

En la clase de payeses se nota mejor espíritu, más interés que en la de propietarios; los pocos que intervenimos en el gobierno de la Cámara Agrícola, hemos podido comprobarlo recientemente, con motivo de algunas iniciativas que, si no tienden precisamente a mejorar los procedimientos, no dejan de tener importancia, desde el punto de vista de la defensa de los intereses de todos los agricultores.

En resumen: los analfabetos y los estudiantes, los obreros de la industria y los payeses y obreros del campo, han de ser dirigidos por los intelectuales, los industriales y los propietarios; estas clases directoras, y principalmente las últimas, por el orden en que las citamos, están obligadas a entrar, con decidida voluntad, por las nuevas vías de progreso que los tiempos actuales exigen, si quieren prosperar y contribuir a la prosperidad de la Patria.

Hemos de convencernos todos de que la asociación con el solo fin de la política en uso hasta ahora, es inútil para el progreso; de que ningún diputado, como ya dijimos, por sabio y activo que sea y por influencia que tenga, conseguirá mejorar nuestra cultura, nuestras producciones y nuestro comercio, que son las verdaderas fuentes del progreso, si a la inmensa mayoría de los ciudadanos les

falta la voluntad. Creer que la prosperidad de la Isla depende de que votemos para diputado a Fulano o a Mengano, tomándolo con tal empeño que se llega a *la exaltación de los espíritus*, para luego echarnos a dormir, eso sí que es *música celestial*. El progreso de Menorca depende de nuestra voluntad, de lo que hagan los menorquines, más que del Gobierno y del Diputado, sin dejar de reconocer la influencia que pueden tener estos elementos. En Menorca, más que en Madrid, se ha de trabajar por la prosperidad de la Isla.

Terminaremos con los siguientes párrafos de una revista americana, que están también de acuerdo con las ideas que defendemos:

«Estos negocios, estas vidas, estos hombres, son patrimonio exclusivo de Norte América? ¿Es sólo en Norte América donde se guarda el secreto de la fortuna? ¿Acaso este secreto se le vedó al resto del mundo?»

«No. Ese secreto sólo se llama *Voluntad*. Está al alcance de todos. ¿Porqué en España y en la América de abolengo hispano hemos de creernos desposeídos de esa voluntad, que lo fué nuestra y que en no lejano siglo nos llevó al predominio en el mundo? Despertemos...»

«Barcelona y Buenos Aires — válgannos estos dos solos ejemplos, como tantos otros pudiéramos citar — poco pueden envidiarle a Nueva York en fiebre de negocios ni en acometividades propulsoras. ¿Por qué no hemos de contagiarnos todos con aquella, multiplicando las acometividades? El momento es oportuno».

«La horrorosa crisis que actualmente sufre el mundo, con tantos millones de hombres perdidos en menos de tres años, agrava la lucha por la vida y exige nuevos métodos, nuevas orientaciones, nuevos horizontes. Cuando la paz vuelva, la lucha aún habrá de ser más cruel, la competencia más dura, la victoria más difícil».

«El mundo será conquistado de nuevo. Los mercaderes sustituirán a los soldados. Cada Oficina será un Cuartel General.»

«Preparemos nuestras oficinas, reorganicemos nuestros procedimientos, aprendamos de la experiencia ajena. Una evolución consciente nos proporcionará todo lo que necesitamos: vitalidad, energía, triunfo. Volveremos a ser gigantes. Volveremos a ser invencibles.»

LABOR IMPROBUS OMNIA VINCIT.



S
11

33

M